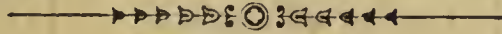


CIRCULO LITERARIO COMERCIAL



LA ESPAÑA DRAMATICA.



COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

¡Viva en Dios!



PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

D. José Cuesta, *calle Mayor.*
D. Casimiro Monier, *Carre-
ra de San Gerónimo.*



D. Juan Diaz de los Rios,
calle de Carretas.
D. José Perez, *idem.*

CATALOGO de las obras dramáticas de la propiedad del CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL, estrenadas últimamente en los Teatros de esta corte.

DRAMAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Las Jornadas de Julio.
 Pedro Navarro.
 Don Rafael del Riego.
 La niña del mostrador.
 La mano de Dios.
 Remismunda.
 ¡Redencion!!
 Rioja.
 Muger y madre.
 El curioso impertinente.
 La aventurera.
 La pastora de los Alpes.
 Felipe el Prudente.
 Dios, mi brazo y mi derecho.
 El fénix de los ingenios.
 Ricardo III.
 Caridad y recompensa.
 El donativo del diablo.
 La hija de las flores ó todos
 estan locos.
 El valor de la mujer.
 La fuerza de voluntad.
 La máscara del crimen.
 La Estrella de las Montañas.
 La ley de raza.
 Sancho Ortiz de las Roelas.
 Andrés Chemer.
 Adriana.
 La ley de represalias.
 El ramo de rosas.
 Caibar, *drama bardo*.
 El Trovador, *rejuvuido*.
 Cristobal Colon.
 Un hombre de estado.
 El primer Giron.
 El Tesorero del Rey.
 El Lirio entre zarzas.
 Isabel la Católica.
 Antonio de Leiva.
 La Reina Sara.
 Ultimas horas de un Rey.
 Don Francisco de Quevedo.
 Juan Bravo el Comunero.
 Diego Corrientes.
 El Bufon del Rey.
 Un Voto y una venganza.
 Bernardo de Saldaña.
 El Cardenal y el ministro.
 Nobleza Republicana.
 Mauricio el Republicano.
 Doña Juana la Loca.
 El Hijo del diablo.
 Sara.
 Garcia de Paredes.
 Boabdil el chico.
 El Fuego del cielo.
 Un Juramento.
 El Dos de Mayo.
 Roberto el Normando

COMEDIAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

La Flor de la maravilla.
 El agua mansa.
 Un infierno o la casa de huéspedes.
 El duro y el millon.
 El oro y el oropel.
 El médico de cámara.
 Un loco hace ciento.
 La tierra de promision
 La cabra tira al monte.
 Sullivan.
 El peluquero de Su Alteza
 La consola y el espejo.
 El rábano por las hojas.
 Tres al saco...
 Un inglés y un vizcaino
 A Zaragoza por locos.
 Los presupuestos.
 La condesa de Egmont.
 La escuela del matrimonio.
 Mercadet.
 Una aventura de Richelieu.
 Deudas de honor y amistad.
 Merecer para alcanzar.
 Para vencer, querer.
 Los millonarios.
 Los cuentos de la reina de Na-
 varra
 El hermano mayor.
 Los dos Guzmanes.
 Jugar por tabla.
 Juegos prohibidos.
 Un clavo saca otro clavo.
 El Marido Duende.
 El Remedio del fastidio.
 El Lunar de la Marquesa.
 La Pension de Venturita.
 ¡Quién es ella?
 Memorias de Juan Garcia.
 Un enemigo oculto.
 Traupas inocentes.
 La Ceniza en la frente.
 Un Matrimonio á la moda.
 La Voluntad del difunto.
 Caprichos de la fortuna.
 Embajador y Hechicero.
 A quien Dios no le dá hijos...
 La nueva Pata de Cabra.
 A un tiempo amor y fortuna.
 El Oficialito.
 Ataque y Defensa.
 Ginesillo el aturdido.
 Achaques del siglo actual.
 Un Hidalgo aragonés.
 Un Verdadero hombre de bien.
 La Esclava de su galan.
 Pecado y expiacion.
 ¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
 No se venga quien bien ama.
 La Estudiantina.
 La Escala de la fortuna.
 Amor con amor se paga.
 Capas y sombreros.

Ardides dobles de amor.

El Buen Santiago.
 ¡Ya es tarde!
 Un cuarto con dos alcobas.
 ¡Lo que es el mundo!
 Todo se queda en casa.
 Desde Toledo á Madrid.
 El Rey de los Primos.
 La caverna invisible.
 Quien bien te quiera te hará
 Horar.
 Marica-enreda.
 Flaquezas y Desengaños.
 La Amistad ó las Tres épocas.
 El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Los pretendientes del dia.
 Los dos amores.
 Deudas del alma.
 Pipo ó el Principe de Moute-
 cresta.
 Las diez de la noche.
 El Congreso de Jitanos.
 El Preceptor y su muger.
 La Ley Sálica.
 Un casamiento por hambre.
 Antes que todo el honor.
 ¡Un divorcio!
 La hija del misterio.
 Las cucas.
 Gerónimo el Albañil.
 María y Felipe.

¡CREO EN DIOS!

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

original de

DON JOSÉ MARIA DIAZ.



JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia

561

N.º 251.

MADRID:

IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DEL OLIVO NÚM. 15.
1854.


AL SEÑOR

D. ANTONIO CAMPOS.

En testimonio de antigua y cariñosa amistad.

JOSÉ MARIA DIAZ.

722865



Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAS.

ACTORES.

OCTAVIA, <i>Condesa de Balsa-</i> <i>serrondo.</i>	D. ^a JOSEFA PALMA.
JULIA.	D. ^a CARMEN CARRASCO.
LORD DUDLEY.	D. JULIAN ROMEA.
EL CONDE DE MONTE-	
JURRA.	D. ANTONIO PIZARROSO.
EL DUQUE DE IRAS-	
TORZA.	D. F. ROMEA.
HORACIO DE SANDOVAL.	D. E. AGUIRRE.
EL CONDE DE RIALTO. .	D. A. BERMONET.
EL CABALLERO PAN-	
TOJA.	D. N. N.
AMBROSIO, <i>mayordomo.</i> .	D. N. N.

CRIADOS.—LACAYOS.

La escena pasa en Aranjuez.—Año de 1854.

ACTO PRIMERO.

Interior de una quinta.—Verja en el fondo; árboles.—
A la derecha una escalinata, que conduce á las habitaciones.

ESCENA PRIMERA.

JULIA.—AMBROSIO.—CRIADOS Y LACAYOS.—LORD DUDLEY,
sentado al pié de un árbol, leyendo un periódico.

JULIA. *(Mirando el reloj.)*
Las cinco y media; ya es hora.
Octavia dentro de poco
llegará; que la comida
no se haga esperar, Ambrosio.

AMBROSIO. Descuide usted.

JULIA. Está bien.

(A los criados.)
Id á su cuarto vosotros.
(A Ambrosio.)
Mucha exactitud y esmero
en el servicio.

AMBROSIO. Supongo
que todos los que acompañan
á la Condesa en el soto...

JULIA. Y otro mas que ha de llegar,
si no me engaño, muy pronto.
(Aparte.)

ESCENA II.

JULIA.—LORD DUDLEY.

JULIA. Tan ocupado, milord?

DUDLEY. Estoy leyendo un periódico.

JULIA. Prosiga usted su lectura.

DUDLEY. No tal; prefiero en los ojos
de Julia abrasarme el alma.

JULIA. ¡Jesus!

DUDLEY. ¿Por qué tanto asombro?

JULIA. ¿Un mes tan cartujo, y hoy
tan espresivo?

DUDLEY. Estoy solo
y desempeño, en ausencia
de caballeros mas doctos,
el papel de enamorado.

JULIA. ¿Suplente?

DUDLEY. Pero orgulloso
de hacer á usted compañía,
entre tanto que los otros
cazan con Octavia, ó dan
(*Intencion.*)
en el Congreso su voto.

¿Se ha puesto usted encarnada?...
Perdone usted, si el enojo
de ese corazon sencillo,
sin mala intencion, provoco.

JULIA. ¿Perdonar?

DUDLEY. Vuélvome, pues,
á mi lectura.

JULIA. Me opongo.

DUDLEY. ¿De veras, Julia?

JULIA. Con toda
mi omnipotencia.

DUDLEY. Pues doblo
el papel, y esclavo humilde
ante mi dueño me postro.

JULIA. ¡Galan el Conde se muestra!

DUDLEY. Un crédito supletorio
que yo me decreto á mí,
para aliviar en el fondo
de mi alma, la hipocondria,
el esplin, este demonio
de humor, que conmigo va
doquier que la planta pongo.

JULIA. ¿Será usted franco, si yo...

DUDLEY. ¿Por qué no?

JULIA. ¡Milord!

DUDLEY. Blasono
de buen inglés... mi palabra....

JULIA. Vale mucho, y me conformo

con ella. Dígame usted...

DUDLEY. Pregunte usted y respondo.

JULIA. ¿Qué especie de hombre es Rialto?

DUDLEY. ¿Rialto? Un ente enfadoso.

JULIA. Con quien usted, sin embargo,
vive en estrecho consorcio...

DUDLEY. No hay hombre mas antipático
para mí; su genio indómito
me exalta; sus ademanes
despreciativos y foscos
me irritan.

JULIA. ¿Y á donde quiere
va usted con él?

DUDLEY. Y me amoldo
á sus costumbres: yo nunca
mis compromisos he roto.
Le compré mi vida en julio
del año cuarenta y ocho.

JULIA, ¿Se burla usted?

DUDLEY. ¿Yo burlarme?

Va usted á saberlo todo.
El conde es un hombre á quien
no se puede llamar mozo,
ni viejo; cuarenta años
de edad, si no me equivoco.
Tenaz, reservado, seco
de carácter, como pocos
maestro en tirar las armas,
duelista y tan envidioso,
que tiene, sin él saberlo,
envidia hasta de los tontos.

JULIA. No es el retrato de amigo.

DUDLEY. Anduve al trazarle sóbrio.

JULIA. Prosiga usted.

DUDLEY. Es tan noble
de familia, como corto,
heredado de sus padres
en Milan, su patrimonio.
Le ví en Venecia ha seis años,
y le hablé: su altivo tono
llamó mi atencion, y quise,
viajero inglés y curioso,
saber su historia, y la supe.

Un dia, por cierto embrollo
de juego, que no recuerdo,
nos tropezamos de modo,
que fué, pendencia buscada,
morir ó matar forzoso.
Nombramos nuestros padrinos;
salimos al campo; el plomo
de mi pistola cruzó
por entre sus rizos blondos,
y nada... ¡Ni estremecerse!
Tranquilo, impassible el rostro!
Tocóle á él, y ya á punto
de disparar, le propongo,
por conocer su carácter
y no de miedo, un negocio.
(*Sacando una cartera y de ella un papel.*)
Lea usted : el documento
será con el tiempo histórico:
le llevo siempre conmigo,
y en los momentos penosos
de mi esplin, si le consulto,
me tranquilizo y me esponjo.

JULIA. (*Leyendo.*)

»Acta de un duelo entre lord Dudley, inglés de nacimiento, y el Conde de Rialto, nacido en la Lombardia.»

»Lord Dudley disparó el primero su pistola sobre el conde de Rialto, á diez pasos de distancia y dos horas antes de comer.

»Milord, que es un excelente oficial de la marina real Británica, cometió la torpeza de no matar á su adversario.

»El Conde de Rialto cuenta el número de sus desafíos por el de los dedos de sus manos, y el de sus víctimas por el número de los dedos de sus piés: el Conde tiene cuatro dedos en el pié derecho y seis en el izquierdo. El Conde, sin embargo, renunció á tirar, porque aceptó las siguientes proposiciones de lord Dudley:

1.^a Lord Dudley pagará todos los años al Conde de Rialto la cantidad de 1,000 libras esterlinas.

2.^a El Conde de Rialto se compromete á vir en compañía de lord Dudley y á servirse de él, como testigo, en todos sus duelos.»

»Venecia, etc. etc.»

¡Qué extravagancia! El capricho...

DUDLEY. ¡Capricho? No me acomodo con tal calificación:

razones tengo en mi abono.

Este Conde de Rialto

según mi cuenta, y si es prójimo,

debe morir en alguno

de sus guerreros antojos,

ó alborotadas las gentes

le han de cazar como á un oso.

Por este motivo, Julia,

yo soy galgo si él es corzo;

si es necesario le enseño,

y si es preciso le escudo;

le obligo á estarse en la cama

si se queja del estómago,

y si le duelen las uñas

llamo al doctor y le arropo:

si hace calor le refresco,

le hago sudar si está ronco,

no quiero, en fin, que se muera

de enfermedad mi consocio.

»Quien á hierro mata...» Dios

lo ha dicho en su libro de oro,

y no mienten sus palabras

ni son falsos sus pronósticos.

No quiero que me lo cuenten;

quiero ver con estos ojos

que se ha de comer la tierra,

cómo se hunde un meteoro

sangriento, de la divina

justicia al potente soplo.

JULIA. Silencio: alguno se acerca.

ESCENA III.

JULIA.—LORD DUDLEY.—EL CONDE DE MONTEJURRA, *entra por el fondo.*

MONTEJ. ¿Octavia de Balserondo?...

JULIA. ¿La Condesa? está de caza.

MONTEJ. Quisiera, si no incomodo se entiende...

JULIA. ¿A mí?... No, señor...

MONTEJ. ¿Pero á usted?...

DUDLEY. *(Poniéndose el sombrero.)*

A mí tampoco.

(Por el fondo.)

ESCENA IV.

JULIA.—EL CONDE DE MONTEJURRA.

JULIA. ¡Qué aparicion tan estraña!

MONTEJ. ¿Podré, en tanto que ella vuelve, recorrer de estos jardines la alfombra florida y verde?

JULIA. Como usted guste; á sus anchas recórralo usted, si quiere.

(El Conde saluda y se retira por la derecha.)

ESCENA V.

JULIA.

¡Yo no sé por qué ese hombre!...

Y raya, á lo que parece,

en los cincuenta... ¡Buen aire!

¿Quién será? Sea quien fuere,

ni á mí me importa, ni intento
que me diga á lo que viene.
¡Otros mis cuidados son!
¡Horacio mio!... no empieces,
corazon, á palpar...
¡Mal haya, amen, los deberes
del Diputado! ¡Le quiero
con tanto amor!... ¡Todo un gefe
de la oposicion! Y dicen
que es en extremo elocuente!
(*Se oye el silbido de la máquina.*)
¡Horacio!... ¡Gracias á Dios!
El tren que esperaba es este.
¡Otra vez? ¡Es mucho cuento!
(*Poniendo una mano sobre el corazon.*)
Cállate; no te impacientes,
que no es Horacio de aquellos
galanes que amores mienten.
Héle aquí... ¡Se me figura!
¡No trae el semblante alegre!

ESCENA VI.

JULIA.—HORACIO.

JULIA. ¡Horacio!

HORAC. (*Aparte.*)

Es preciso; debo
desengañarla.

JULIA. ¿Qué tienes?

¡La oposicion ha perdido
la votacion como siempre?

HORAC. Al contrario, hemos deshecho
la bien ordenada hueste
de los ministros en mas
de un gravísimo incidente.

JULIA. ¡Tu voz habrá resonado
en ocasion tan solemne?

¡Qué ganas tengo de oírte!

HORAC. He dicho sencillamente

la verdad, y mis palabras
levantaron, como suelen
hacerlo, una tempestad
parlamentaria, que envuelve
la disolucion, ó la
dimision del gabinete.

(Momento de silencio.)

JULIA. ¡Ni una palabra de amor!
¡Paciencia!

HORAC. *(Aparte.)*

Adelante; quede
sin tropiezos el camino
de mi ambicion impaciente.

JULIA. ¿Estás segura de amarme?
Hizo un año por diciembre
que amor te juró mi boca;
y amor tan fiel, que no puede
sufrir tranquilo esa duda
que de tu voz se desprende.

HORAC. Tú tambien... ¿No lo recuerdas?
¿Me habré engañado al creerte?
No, Julia; pero en el mundo...
como el corazon á veces
se engaña...

JULIA. ¡Horacio !...

HORAC. Ten calma...

JULIA. Exijo que me reveles
la verdad... no la disfraces:
escucharla me conviene,
desnuda, como á decirle
el que es honrado se atreve.

HORAC. Negar que te quiero, Julia,
fuera negar que se siente
calor en el mes de agosto,
que engendra el invierno nieves:
pero este cariño es mas
de hermano... no es tan ardiente...

Es tierno y profundo, sí...
pero en mi cabeza hierve...
No puedo esplicarlo bien...
Si mi franqueza te ofende...

JULIA. Horacio, es usted muy dueño
de quererme ó no quererme.

HORAC. No llores...

JULIA. Importan poco
estas lágrimas que vierten
mis ojos... ¡son las primeras!
No tema usted que se sequen...
¡Me queda en el corazón
inagotable la fuente!
Si un nuevo amor...

HORAC. Lo confieso,
por más que decirlo cueste
remordimientos al alma,
rubor confuso á mi frente.
Yo creo que otra mujer,
y acaso no lo merece
como tú, Julia querida,
mi pecho en amor enciende.

JULIA. Su nombre...

HORAC. ¡Julia!...

JULIA. Su nombre.

Quiero saberlo, y no debes
negar favor tan pequeño
á la mujer que hoy te pierde.

HORAC. Octavia.

JULIA. ¿Mi bienhechora?...

HORAC. La imaginación no duerme.
En todas partes la veo,
en sueños se me aparece...

JULIA. No prosiga usted, Horacio;
no está bien que usted pondere
en mi presencia un amor
que es fuerza que yo respete.

HORAC. Julia, perdóneme usted...

JULIA. ¿De qué? Porque usted no puede
dominar ese cariño?...

Consérvele usted, consérvele,
y no tema usted que yo
con mis quejas le moleste.

No he conocido á mis padres;
mi mala ó mi buena suerte
me dió por primer asilo
la Inclusa, piadoso albergue
en que los años corrieron
de mi niñez inocente.

Viví en él , hasta que un día
Octavia honró sus paredes
y tuvo el capricho santo ,
que el corazón le agradece ,
de darme una madre en ella ,
que es el mayor de los bienes.
Amela usted, pero mucho...
¡Y quiera Dios! que ella encuentre
en ese amor la ventura
que en su hija adoptiva hoy muere !
¡Pobre, sola y despreciada!...

HORAC. Julia...

JULIA. Adios.

HORAC. *(Siguiéndola.)*

Si usted consiente...

(Entran en las habitaciones.)

ESCENA VII.

EL DUQUE DE IRASTORZA.—LORD DUDLEY, *por el fondo. El Duque lleno de polvo y limpiándose el sudor.*

DUDLEY. ¿ Dos veces?

DUQUE. Furioso estoy.

DUDLEY. No se concibe...

DUQUE. ¡ Pues soy
un gran ginete!

DUDLEY. Así es.

DUQUE. ¡ Caerme dos veces hoy !
¡ Me habré montado al revés ?

DUDLEY. ¡ A no ser que Fanny crea ,
la yegua , que está mejor
cuando piafa y escarcea
encima de su señor ?...

DUQUE. Puede, milord , que eso sea.

DUDLEY. Como es hembra, y caprichosa...

DUQUE. Pues le ha de costar trabajo
en adelante... ¡ Y es cosa
muy rara ! Está mas hermosa
ella encima y yo debajo.

- DUDLEY. ¡ Tan afamado ginete
dos veces por tierra !
DUQUE. *(Como resintiéndose de la caída.)*
Justo...
DUDLEY. Tranquilidad , no se inquiete...
DUQUE. Cuando en el cuerpo se mete,
no sale tan pronto un susto.

ESCENA VIII.

LORD DUDLEY.—EL DUQUE.—HORACIO.

- DUQUE. ¡ Hola , señor diputado !
¿ Fué reñida la sesión ?
HORAC. Y mucho.
DUQUE. ¿ Se ha perorado ?
HORAC. Bastante.
DUQUE. ¿ Con que ha lanzado
su jefe la oposición ?
HORAC. La victoria fué completa.
DUDLEY. Tiempo perdido.
HORAC. ¿ Perdido ?
DUQUE. Sí ; mañana la Gaceta ,
ya verás cómo receta
el remedio consabido.
La suspensión y á vivir...
HORAC. ¿ La voluntad de las Cortes !...
DUQUE. ¿ Qué podrán estas decir
si vuelve el gobierno á abrir
su arsenal de pasaportes ?
HORAC. Ese tiempo ya pasó.
DUQUE. ¿ Y no volverá ?
HORAC. Presumo,
con fundamento , que no ;
para bien nuestro en el humo
de la pólvora se ahogó.
Dejemos conversacion
tan enojosa.
DUDLEY. Es razon.
HORAC. ¿ Cómo fué en la cacería ?

- DUDLEY. (*Sonriéndose con malicia.*)
Muy bien.
- DUQUE. (*Aparte.*)
Como usted se ría,
pierde usted mi estimacion.
- DUDLEY. (*Aparte.*)
No haré tal, si á usted enoja
mi buen humor ó le agravia...
- DUQUE. Dos veces cayó Pantoja...
llevaba la cincha floja...
- DUDLEY. ¿Él?
- DUQUE. Su caballo.
- HORAC. ¿Y Octavia?
- DUQUE. ¿Octavia? ¡Deslumbradora!
En su torda jerezana
montó á la luz de la aurora...
¡No he visto una cazadora...
retrato mejor de Diana!
- HORAC. ¿Y por qué razon de estado,
tú, Duque, tan cazador,
del grupo te has separado?
- DUQUE. ¿Qué quieres? Me ha fatigado...
- DUDLEY. El polvo...
- DUQUE. ¡Tanto calor!
Y luego... á mí no me gusta
que se enteren de lo que hablo.
- DUDLEY. La repugnancia es muy justa.
- DUQUE. ¿El de Rialto?
- HORAC. ¿Te asusta?...
- DUQUE. ¡Pues no!... Me parece un diablo.
- DUDLEY. Y á mí.
- HORAC. Pues si usted...
- DUDLEY. Le sigo
adonde quiera que vá
y vive siempre conmigo...
Pues con todo, no será,
ni ha sido nunca mi amigo.
(*Ruido dentro.*)
- DUQUE. (*Asomándose á la verja.*)
Ya llegan el de Rialto
y Octavia.

ESCENA IX.

OCTAVIA *de cazadora*.—EL DUQUE.—LORD DUDLEY.—HORACIO.—PANTOJA.—RIALTO.—TRES Ó CUATRO CABALLEROS.—GUARDA-BOSQUES *en el fondo*.—CRIADOS.—JULIA *se presenta por la derecha, al mismo tiempo que aparece OCTAVIA*.

- OCTAV. ¿Con que está coja
Taglioni? ¡Pobre Pantoja!
- PANTOJ. Sin duda el último salto...
- OCTAV. Horacio, muy buenas tardes.
- HORAC. Condesa... ¿Y la cacería?
- OCTAV. Brillante, por vida mía!
- HORAC. (*Aparte.*)
Corazon, no te acobardes.
- OCTAV. Toma, Julia, este sombrero
y el látigo... Señor Conde...
(*A Rialto que los recibe y se los dá á Julia.*)
- RIALTO. No importa. Me corresponde,
Condesa, por escudero.
- OCTAV. ¿Qué tienes, Julia? ¿Has llorado?
- JULIA. No.
- OCTAV. Cualquiera al ver tus ojos...
- DUQUE. Es verdad. Sangrientos, rojos!
- OCTAV. (*Con cariño y en voz baja.*)
Si algun secreto cuidado...
- JULIA. Ninguno.
- OCTAV. Mas vale asi.
(*Octavia oye con semblante risueño las galan-
terias que la prodigan Pantoja y el Duque.*)
- RIALTO. El Diputado se obstina
en su amor... Si se imagina
burlarse, milord, de mí...
(*Horacio mira con pasion á Octavia: Rialto le
observa.*)
- HORAC. ¡Qué hermosa! Toda la fé
del corazon la consagro!
- RIALTO. Si insiste será un milagro...
- :

- OCTAV. (*Llamándole á su lado.*)
Horacio...
- RIALTO. (*A Dudley.*)
Le mataré.
(*Dudley se retira horrorizado.*)
- OCTAV. ¿Nos niega usted su presencia,
milord?
- DUDLEY. (*Lanzando una mirada significativa á Rialto
que no pierde de vista á Horacio.*)
Al esplin me daba,
y aqui á solas meditaba
en si hay, ó no Providencia.
- HORAC. Si hay Providencia? Pues no!
- DUDLEY. No juzguemos tan deprisa.
- DUQUE. La especie me causa risa...
¿Quién puede dudarlo?
- OCTAV. Yo.
- JULIA. }
DUQUE. } Octavia!..
HORAC. }
PANTOJ. }
- OCTAV. Yo.
- HORAC. ¿Y qué razon?
- OCTAV. Tan grande , que es infinita...
Señores, la llevo escrita
con fuego en mi corazon.
Cuida, Julia, de que esté
dispuesto mi tocador...
Que vayau Marta y Leonor
á vestirme...
- JULIA. Así lo haré.

ESCENA X.

OCTAVIA.—HORACIO.—LORD DUDLEY.—EL DUQUE.—
RIALTO.—PANTOJA.—CABALLEROS.

- OCTAV. ¿Quién soy?
- PANTOJ. Una hermosa dama.
- DUQUE. De esclarecida nobleza...
- HORAC. La mas brillante cabeza

que el sol del saber inflama.

OCTAV. ¿Quién soy?

DUDLEY. No lo sé en conciencia.

OCTAV. Soy tan solo una mujer,
dudando á mas no poder
que exista la Providencia.

Nací en Córdoba, y llevada
poco despues á Berlin,
el viento que azota al Rhin
meció mi niñez dorada.

Alli pasaron las horas
de mi juventud primeras,
mataudo sus primaveras
recuerdos de mis auroras;
y alli sin imaginar .

que al amor sigue el olvido,
di yo á un ingrato marido
mi mano al pié del altar.

DUQUE. ¿Marido?

OCTAV. Me abandonó
bajo un pretesto liviano,
y en mi hogar á un padre anciano
ciego y enfermo dejó.

El pobre murió en mis brazos
de sentimiento, al saber
que su hijo... Bueno es hacer
aquí la historia pedazos.

HORAC. Y del ingrato, qué ha sido?..

OCTAV. En tanto tiempo sin duda...

HORAC. Octavia ¿será usted viuda?

OCTAV. ¡Si lo soy!... no lo he sabido.
El fué quien sembrando en mí
por vez primera esa flor,
que el mundo apellida amor
en su loco frenesí,
la hizo brotar tan galana,
que sus hojas me escondieron
las espinas que nacieron
con ella por la mañana;
mas luego, en hora oportuna,
fui con las espinas dando,
porque iba él mismo arrancando
sus hojas una por una;

- y todas desaparecieron
al cabo de pocos dias...
y las ilusiones mias
con ellas tambien se fueron.
- HORAC. ¡Tan pronto los desengaños!...
DUQUE. ¡Luna de miel mas sombria!...
OCTAV. Señor Duque, yo no habia
cumplido aun quince años.
De su amor recuerdo santo;
¡me dejó por prenda un niño!...
¡Le amé con mucho cariño!...
¡A nada he querido tanto!...
DUQUE. ¡Un niño!
OCTAV. Sí.
DUQUE. ¿Pues qué edad
tiene usted?
OCTAV. Ese es asunto
muy grave...
DUQUE. Yo lo pregunto...
solo... por...
OCTAV. ¿Curiosidad?
DUQUE. ¡Pues!
OCTAV. Bástele á usted saber,
que ya tengo, aunque escondidas,
algunas canas nacidas
del tiempo.
- DUQUE. No puede ser...
OCTAV. Pues es. Desde ese momento
á aquel niño consagré
mis cuidados y mi fé,
mi orgullo y mi pensamiento.
Yo ví vagar su indecisa
mirada en su cuna de oro;
mas tarde probé el tesoro
de su primera sonrisa.
De triste desierto palma
en mis brazos guarecida,
¡él era toda mi vida,
él era toda mi alma!
Y cuando en sus cuatro abriles,
el ángel de mis amores,
corria entre los colores
de mis amenos pensiles;

y yo, miráudole, daba,
cristiana madre, en mi mente,
las gracias humildemente
á Dios que me le guardaba....
una mano, y aun no sé
quién el crimen cometió,
traidora me le robó
robándome al par la fé.

HORAC.
OCTAV.

Mas despues...

¡Tiempo perdido!

(*Poniendo la mano sobre el corazon.*)

¡Y aquí su recuerdo jira!...

¿Yo esposa y madre? ¡Mentira!

¡Sueño al fin desvanecido!

(*Pausa.*)

Ya el alma sin fé, preludio
de un nuevo ser que en mí siento,

alumbró mi entendimiento

con vivo fuego al estudio:

y al sentir que se agrandaba

mi inteligencia, y que ardiente

el espíritu en mi mente

espacios nuevos cruzaba,

la antorcha de la razon

brilló con mas luz en mí,

y la humana creacion,

como era en su esencia, ví.

¿Qué es el hombre? Hipocresias:

y en el social laberinto

¿qué cosa el mundo? Un recinto

de vergonzosas porfias.

Para los hombres mercado,

bazar para las mujeres,

ellas y ellos mercaderes

de la honra que han heredado:

privanzas que del decoro

para privar se desprenden,

ambiciones que se venden

por treinta monedas de oro:

farsas y vicios que insultan

con sus torpes mascaradas;

virtudes que avergonzadas

de tanta mengua se ocultan....

Cuando ví que esto era el mundo,
cuando ví que no abrasaba
la órbita en que se agitaba
de Dios el rayo iracundo,
me hundí en mi propia conciencia
buscando en ella un respiro,
y al salir de mi retiro
dudé de la Providencia.

HORAC. ¡Octavia, no mas allá!
¡No provoque usted la santa
justicia de Dios; es tanta
que asombro y espanto dá!

OCTAV. Y si es Dios con la justicia
la omnipotencia; por qué
permite que el hombre dé
tanto apoyo á la malicia,
y deja, para desdoro
de su brillante artificio,
sus cintas de seda al vicio,
al crimen sus barras de oro?
¡Por qué, siendo yo un modelo
de virtud, su ira desata,
y me aniquila, y me mata
robándome un hijo el cielo?
(Aparece el Conde de Monte-Jurra.)

ESCENA XI.

OCTAVIA.—RIALTO.—EL DUQUE.—LORD DUDLEY.—PAN-
TOJA.—HORACIO.—EL CONDE DEL MONTE-JURRA.—CA-
BALLEROS.

MONTE. ¿Octavia de Balserondo?

OCTAV. ¡Jesús!

DUDLEY. El recién venido.

OCTAV. ¡Es él! su acento me ha herido
del corazón en el fondo.

RIALTO. (*Aparte.*)

Ha mudado la color.

- OCTAV. (*Dominando su agitacion.*)
Sin duda, este forastero...
MONTE. Hablar con usted; eso quiero.
OCTAV. Iré pronto al comedor.
(*Entran todos en la casa.*)

ESCENA XII.

OCTAVIA.—MONTE—JURRA.

- OCTAV. ¿Qué quiere usted?
MONTE. ¿Yo, señora?
¿No me conoces?
OCTAV. Escusa
usted decirme quién es...
si viene usted en mi busca...
MONTE. Veinte y cinco años de ausencia
derecho me dan en suma
á que usted me oiga tranquila,
si no alegre.
OCTAV. Tan injusta
demanda...
MONTE. Soy tu marido.
OCTAV. ¿De cuando acá de sus tumbas
se levantan vigorosos
esqueletos que repugnan?
¿Quién es usted? ¿Por qué causa,
en ese rostro que ensucia
la mancha del vicio, el hierro
de los presidios relumbra?
MONTE. ¿La lápida del olvido
sobre tantas amarguras!
Quien ese recuerdo evoca,
de tal manera me punza
el alma, que en ella enciende
de mi venganza la furia.
OCTAV. ¿Y qué me importa esa ira?
¿Quién aquí tiene la culpa
de que esta entrevista cause
vergüenza á los dos y angustia?

- Usted que en el torbellino
de su imprudente conducta...
- MONTE. Es verdad; y esos recuerdos
como una losa me abruman.
La pasión del juego, Octavia,
devorando mi fortuna,
precipitó de mis años
la juventud: de mi alcuernia
manché el preclaro blason
en esas salas que alumbran
raudales de luz, y visten
cien cortinages de púrpura,
y en las que el vicio disfraza
con forma elegante y culta
la sed del oro en el hombre,
no dejándole en su astucia
comprender, que gane ó pierda,
allí su honor se sepulta.
Y allí se escondió mi vida
ausente de tu hermosura,
cuando no la daba al goce
de bacanales nocturnas,
secándose en ellas todas
á la vez y una por una,
las ilusiones nacidas
del Rhin á la márgen turbia.
- OCTAV. Pues vuelva usted al bullicio
de sus locas aventuras,
ya que rotas las cadenas
de los presidios, le arrulla
el viento de las ciudades;
y deje usted que segura
por los mares de la vida
navigue yo sin mas brújula
que mi razon, ni otro faro
que su luz hermosa y pura,
ya que aquí, muerta la fé,
echó raíces la duda.
- MONTE. ¿Muerta la fé?
- OCTAV. ¡En nada creo!
- MONTE. Yo sí; que en mis desventuras
viva, ardiente, poderosa,
no me ha abandonado nunca.

la fé en Dios, ni en su justicia.

OCTAV. ¡ Justicia en él y se burla
de mi afán! ¡ Qué es de mi hijo?
¡ Por qué razón me le ocultan?
Si al fin ha muerto, ¡ por qué
se prohíbe á mi ternura
llorar sobre su cadáver,
cubrir de flores su tumba?

MONTE. ¡ Animo, Octavia! ¡ Quién sabe!
De Dios la justicia es mucha,
y así como mi inocencia,
andando el tiempo, hará pública...

OCTAV. No conozco un criminal
que no blasone y presuma
de inocente.

MONTE. ¡ Yo lo soy!
Aquí, como en las llanuras
del Africa, enseñar puedo
sin rubor estas arrugas
de mi cara; alzar la frente
sin que ninguno la escupa...
Octavia, no he cometido
el crimen que se me imputa.

OCTAV. ¡ Será á los ojos de Dios!
Pero los hombres no juzgan
como Dios, y por ladrón
al Conde de Monte-Jurra
los tribunales del reino
condenaron.

MONTE. ¡ Impostura
con que mancharon mi nombre
maquinaciones astutas!
¡ Lo juro por el cariño
del hijo mio, ante cuya
felicidad!...

OCTAV. ¡ De mi hijo?

MONTE. Del hijo, Octavia, que buscas
en vano, y que vive.

OCTAV. ¡ Ah! ¡ Dónde?
¡ Dónde está?

MONTE. Primero escucha.

OCTAV. No quiero oírte. ¡ Es mi hijo!
Le necesito.

MONTE.

Procura

no olvidar que he sido yo
quien le arrancó de su cuna,
si tanto abrazar deseas,
madre hasta hoy sin ventura,
á quien recibió de niño,
sin mis caricias, las tuyas.

OCTAV. Ya te escucho... pronto, pronto.

MONTE.

¿Yo ladrón? Torpe calumnia
que dió conmigo y mi honra
en una cárcel inmunda.
Era fuerza castigar
á toda costa y con ruda
violencia en mi cuerpo, el noble
desinterés, la iracunda
lealtad con que mi padre
sostuvo en reñida lucha
la igualdad ante las leyes,
dogma santo, porque anuncia
que el hombre ya no es esclavo
de omnipotencias absurdas.

OCTAV.

Prosiga usted.

MONTE.

Era fuerza

sembrar de espinas agudas
la senda de un pobre anciano
proscrito, aumentar la lluvia
de sus pesares...

OCTAV.

Aprisa.

MONTE.

Paciencia, Octavia, y escucha.
Me acusaron de ladrón,
y es fuerza ya que despunta
el día de mi inocencia,
que me oiga, quien mas me acusa.
Un tribunal me juzgó
compuesto de esas figuras
que nombra el resentimiento
en sus hondas espeluncas,
cuando al amor de las leyes
que la sociedad escudan,
trueca, en traición al Estado,
lo que es personal injuria,
sin ver que así de la toga
el claro honor se embadurna.

Aquellos jueces, Octavia,
me condenaron sin culpa;
me llevaron por las calles,
el cuerpo sin vestiduras,
y alegre y provocadora
la muchedumbre y confusa,
vió saltar mi noble sangre,
y oyó entre algazara y burlas
crugir el látigo encima
de mis espaldas desnudas.

Yo ví la mirada ansiosa
de aquella insensata chusma
tender su curiosidad
sobre mí; su hirviente bulla
sentí crecer, como el sordo
rumor del mar cuando junta
su fuerza y despues las olas
contra las rocas empuja.

»Ese es un ladron,» gritaban
incautamente las turbas...

«Ladron que lleva en su nombre
heráldicas galanuras...»

Y al gritar que era un ladron,
no vieron que á la impostura
altares de sangre alzaban
imprevisoras y estúpidas.

OCTAV. Nada mas?

MONTE. La frialdad
me mata de esa pregunta.
¿Qué has hecho del alma aquella?

OCTAV. Se lo he dicho á usted; enjuta.
No era asi cuando sentado
sobre cojines de pluma,
el hijo de mis entrañas
con su infantil travesura,
engalanaba las horas
de mis soledades mústias.

MONTE. ¿Dónde está? Que venga pronto...
¿Para qué? ¿Quién me asegura
de que al echarle en tus brazos
avergonzado no huya
de los míos?

OCTAV. Es mi hijo!..

- MONTE. Pues bien, Octavia, renuncia
á ese título pomposo
con que hoy Madrid te saluda:
preséntate junto á mí;
dí á todos cuantos te adulan
ó te sirven, «Caballeros...
»este hombre es mi esposo; injusta
»sentencia le condenó...
»mi hijo es este...»
- OCTAV. ¡Qué locura!
¡Delirio! Agitar yo misma,
en vez del mio que ilustra,
un blason que en los registros
de los presidios figura?
¿Que yo la frente al besar
de un hijo, de amor convulsa,
estampe en ella un padron
de ignominiosa amargura?
- MONTE. Entouces renuncie usted
á verle.
- OCTAV. Imposible.
- MONTE. Nunca.
- OCTAV. Señor Conde, arrodiliada...
las lágrimas que me inundan!...
son las primeras que vierto...
si llegan á ser las últimas!...
- MONTE. ¿Me amenaza usted?
- OCTAV. (*Arrojándose á sus piés.*)
¡Mi hijo!
- MONTE. ¿Usted á mis piés? ¿Y cruza
las manos, y llora, y viene
á un presidiario con súplicas?
- OCTAV. ¡No he dicho á usted que soy madre!
- MONTE. Octavia, Octavia!... Procura
no mancharte con el polvo
de los presidios, que ensucia.
- OCTAV. ¡No he dicho á usted que soy madre!
(*Aparecen Julia y Rialto.*)
- MONTE. Levántate pronto.
- OCTAV. (*Octavia se levanta, aparentando tranquilidad
y buen humor.*)
Julia!

ESCENA ULTIMA.

OCTAVIA.—JULIA.—RIALTO.—MONTE-JURRA.

OCTAV. ¿Han ido ya al tocador?

JULIA. Sí.

RIALTO. Es natural que me asombre...
¡Octavia á los piés de ese hombre!

OCTAV. (*A Julia.*)

Ya es mi huésped el señor.
Que le dispongan harás
una habitacion.

JULIA. ¿En dónde?

OCTAV. (*Señalando á Rialto.*)

Al lado de la del Conde.

MONTE. (*Ofreciéndola el brazo. Octavia le acepta.*)

Si usted permite...

RIALTO. (*Aparte.*)

¿Esto mas?

OCTAV. Mil gracias. Prometo á ustedes
no tardar; un cuarto de hora
de toilette.

MONTE. Esta es, señora,
la mayor de las mercedes.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete amueblado con elegancia; puerta en el fondo: puertas laterales: mesa de tresillo.—Es de noche: lámpara ó candelabros.

ESCENA PRIMERA.

OCTAVIA.—JULIA *entrando*.

OCTAV. En tanto que allá mis huéspedes
de sobremesa y á gusto
se dicen sus aventuras,
ó en animados discursos
al viento dan las hazañas
del ministerio difunto,
yo quiero que á solas tú
y sin el menor escrúpulo
me cuentes de tu dolencia
la causa punto por punto.

JULIA. No tengas cuidado, Octavia.

OCTAV. A veces el disimulo...
Si el dolor que se padece...

JULIA. ¿Y cuál es? Si yo no sufro...

OCTAV. ¿Envidias algo? ¿Qué quieres?

JULIA. Octavia, te lo aseguro!
no envidio... no quiero nada.

OCTAV. Corriente! pero presumo
con harta razon acaso,
y en mas de un dato me fundo...

JULIA. Octavia mia, respeta
el hondo afan con que lucho.
No intentes averigüar
la causa de mis disgustos...
Yo sé que me quieres bien,

yo sé que te quiero mucho,
y nadie conseguirá
que el alma tuerza su rumbo.

OCTAV. Si no á los ojos de Dios,
soy tu madre á los del mundo.
Por mí la Inclusa dejaste,
y pues yo lo quise, es justo
te haga feliz quien de tí,
siendo una niña, dispuso.
(*Julia llora.*)
¡En mis brazos, hija mia!
(*Abrazándose.*)
¡Tu triste llanto es tan puro!
(*Aparece el Conde Rialto.*)

ESCENA II.

OCTAVIA.—JULIA.—RIALTO.

OCTAV. ¿Usted aquí, señor Conde?

RIALTO. Perdone usted.

OCTAV. Con el humo
del cigarro... Vuelve, Julia,
no sea que taciturnos
á nuestros huéspedes deje
tan larga ausencia.

RIALTO. Lo dudo;
porque ese huésped llovido
de no sé dónde, en difuso
coloquio con Sandoval,
formando los dos un grupo,
hablan de todo, revuelven
el Sena con el Daubio;
proclaman á voz en grito
lo inconveniente y absurdo
de un sistema de gobierno,
en estos momentos, duro...
(*Se va Julia.*)
¡Qué sé yo! Charlan y charlan...

ESCENA III.

OCTAVIA.— RIALTO.

RIALTO. ¡Y es hombre el huésped de estudios,
según he visto!

OCTAV. Ha viajado,
Rialto, á lo que discurro,
con grande aprovechamiento.

RIALTO. Y en esos viajes obtuvo
el privilegio esclusivo
de que usted, portento único
de discrecion, á sus piés
se arroje?...

OCTAV. Cedió al impulso
de sentimientos iguales
á la esperanza que supo
despertar dentro del alma.

RIALTO. Condesa, ¿seré importuno
si de tamaña flaqueza
la oculta razon pregunto?

OCTAV. Si, señor. Perdóne usted
si mi franqueza...

RIALTO. Renuncio
á que usted disipe dudas
que mortifican mi orgullo.

OCTAV. ¿Mortificar? No comprendo...

RIALTO. Hoy hace dos años justos,
que el demonio del amor
halló en mi pecho un refugio.

OCTAV. Ya he dicho á usted otras veces...

RIALTO. Ó yo, Condesa, ó ninguno.

OCTAV. No lo sé; pero si el diablo
pedazos hace el escudo
de mi razon y de nuevo
me precipita en confusos
laberintos, me parece,
señor Conde, me figuro
que á nadie cuenta daré
de mi elección, sino á uno.

RIALTO. ¿Me conoce usted?

OCTAV. ¿Pues no!

RIALTO. Y conociéndome... Es mucho valor!...

OCTAV. ¿Por qué?

RIALTO. Sabe usted que tengo tan firme el pulso, y tan bien puesta mi fama de tirador sin segundo?..

OCTAV. Y sé mas; que ha abierto usted á diez hombres su sepulcro.

RIALTO. Es cierto.

OCTAV. Y que esa es el arma á cuyo terrible influjo cedieron cuantas mujeres á usted dominar le plugo.

RIALTO. No creo...

OCTAV. Yo sí, y en casos como este, á mi pecho acudo y encuentro en él, casi siempre, señor Conde, lo que busco.

RIALTO. ¿El desprecio?

OCTAV. Yo no he dicho...

RIALTO. Soy yo, y con acierto juzgo de mi situacion. ¡Desprecio! El arma de que hacen uso las mujeres, cuando el hombre se pasa de irresoluto ó de cobarde; mas yo, gracias á Dios, no me asusto. Cuando una mujer me ofende, de la ofensa á un hombre culpo; le encuentro y con él arreglo sin escándalo el asunto.

OCTAV. ¿Amor á pistoletazos?

RIALTO. Sálgame yo con mi gusto y lo demas no me importa.

OCTAV. Con ese... lo dificulto... y ruego á usted que no vuelva con propósitos tan bruscos, porque en cortar me deleito, como otro Alejandro, el nudo que no puedo desatar.

RIALTO. Desde hoy, señora, cartujo.
Adios, Condesa...
OCTAV. Adios, Conde.
RIALTO. (*Aparte.*)
El undécimo... lo juro.

ESCENA IV.

OCTAVIA. — EL DUQUE. — RIALTO. — PANTOJA.

RIALTO. ¡Esta humillacion!
OCTAV. ¡Qué hombre...
tan despreciable!
DUQUE. Por tabla
se entiende...
OCTAV. ¡Y Horacio?
DUQUE. Habla
con ese señor... sin nombre.
OCTAV. ¡Y á dónde se vá?
DUQUE. A la pieza
del villar... un desafio,
si usted permite...
OCTAV. ¡Dios mio!
¡Cómo no? Duque, franqueza.
Cada cual haga su gusto.
DUQUE. Mil gracias... ¡Y usted no viene?
RIALTO. ¡A jugar? No me entretiene
el juego.
DUQUE. (*A Pantoja.*)
Su ceño adusto
me crispa los nervios... ea.
OCTAV. (*A Rialto mostrando empeño.*)
Lo ruegan estos señores.
DUQUE. Jugar sin espectadores
es insoportable...
RIALTO. (*Cediendo.*)
Sea;
iré con ustedes.
(*Aparecen Horacio y Monte-Jurra.*)
¡Hola!
Dos mas.

ESCENA V.

OCTAVIA.—RIALTO.—MONTE-JURRA.—EL DUQUE.—
PANTOJA.—HORACIO.

MONTE. Se trata...
DUQUE. De un duelo
á muerte...
RIALTO. (*A Octavia, en voz baja.*)
¡Quién sabe!... El cielo...
OCTAV. Mi voluntad no es la sola
que puede evitarlo aquí.
HORAC. ¿Un duelo?
DUQUE. (*Sacando su cartera y de ella dos billetes.*)
A muerte;
¡cien duros!...
PANTOJ. (*Sacando otro billete.*)
¡Cien!...
DUQUE. La mitad
del billete; *le voici.*
MONTE. Mas crédito habrá...
DUQUE. De sobra...
y entre los dos, señor...
MONTE. Conde
del Monte-Jurra.
DUQUE. ¿De dónde?
MONTE. Del Monte-Jurra...
DUQUE. (*A Pantoja.*)
Y se cobra.
MONTE. Es muy justo.
DUQUE. Vamos, pues,
¿Y tú no vienes, Horacio?...
HORAC. La partida irá despacio.
OCTAV. ¿Y Dudley?
MONTE. ¡Todo un inglés!
En la mesa entretenido
con un Jerez excelente...
DUQUE. ¡Bravo!... ¡Hasta que de repente

se quede milord dormido !
RIALTO. ¡ Siempre mirándola ! Es cosa
de hacerle pedazos hoy...
MONTE. ¿ Viene usted , Rialto ?
RIALTO. Voy.
DUQUE. *Allóns , mes amis.*
HORAC. ¿ Qué hermosa !

ESCENA VI.

OCTAVIA.—HORACIO.

OCTAV. Horacio , ¿ tiene usted miedo
de estar á mi lado ?
HORAC. No.
OCTAV. La distancia...
(*Horacio se acerca.*)
HORAC. ¿ Qué sé yo !
Hablar quisiera y no puedo.
OCTAV. ¿ Corto en palabras aquí
y en el Congreso tan otro ?
HORAC. Condesa , estoy en un potro...
No sé qué pasa por mí.
OCTAV. Hable usted... Quiero saber...
HORAC. El Conde Rialto , loco
de amor , si no me equivoco...
OCTAV. ¿ Horacio !...
HORAC. Condesa , ayer
pude hablar... no me atreví...
Hoy me atrevo...
OCTAV. (*Aparte.*)
Corazon ,
despacio.
HORAC. Si la ocasion
poco discreto escogí ;
si un amor , que es en verdad ,
la espresion del alma mia...
(*Momento de silencio.*)
OCTAV. ¿ Calla usted ? ¡ Y yo que oia
con tanta curiosidad !...

HORAC. Octavia, ¿usted no ha querido?

OCTAV. ¿Cómo no, si soy casada?

HORAC. Entonces, señora, nada.
¿Olvide usted el quejido,
primero y último acaso,
de un alma que ya vá herida,
y vá tambien de la vida
por el desierto de paso!...

OCTAV. ¿Ese amor és tan profundo?...

HORAC. Tan hondo, Octavia, tan hondo,
que en vano busco su fondo:
igual no le hay en el mundo.

Ante ningun sacrificio
retrocediera... ¿Mi fé
raya en delirio!... No sé
si está seguro mi juicio...

Solo sé que usted retrata,
que usted mi ambicion refleja;
y sé que si usted me deja
me vuelvo loco ó me mata.

OCTAV. Creer no puedo...

HORAC. Está lieno
el corazon de amargura,
porque ha tres meses apura
de la esquivez el veneno.

OCTAV. ¿Y el amor que usted ahora
me pinta, es de esos que siente
el alma, puro, inocente?...

HORAC. Amor sin mancha, señora.

OCTAV. No es verdad. Si mi mejilla
perdió su primer frescura;
si el nardo de mi blancura
como antes también brilla...
Si no hay en mis labios rojos
colores, y en mi cabeza
la escarcha á templar empieza
el incendio de mis ojos;
si cuando lloro y me rio
no se alegra, ni me duele
el corazon, porque suele
secarse y seco está el mio;
si de la razon al yugo
entera me esclavicé,

y abri su tumba á mi fé
y el alma quedó sin jugo...
¿Cómo quiere usted que yo
dé crédito á repentinos
amorosos desatinos?

No puedo creerlos, no.

HORAC. Amor me abrasa en su fuego.

Si yo esplicarme supiera,
usted, Octavia, me hiciera
completa justicia luego.

Yo la amo á usted, sin que aliente
mi pasion mas esperanza
de otro bien, que el que se alcanza
con el amor que se siente.

Yo quiero que usted me crea,
y no que por mi ternura,
mujer que vive tan pura
iudibrio del mundo sea.

Pasion que contenta vive
con gran misterio escondida,
de Dios al impulso, vida
dentro del alma recibe.

Si el hielo de la razon,
hermosa y abandonada,
quemó la alegre enramada
del árbol del corazon,
ame usted, y de un cariño
sin mancha al influjo blando,
irá el árbol recobrando
su verde y frondoso aliño;
y volverán mas queridas,
porque son inesperadas,
las alegrías pasadas,
las ilusiones perdidas.

OCTAV. ¿ Mis ilusiones?... ¿ Y cuándo?

HORAC. El amor...

OCTAV. No lo he perdido;
le llevo, Horacio, escondido
y arrastro la vida amando.
Pero amo, sin que la fé
de otras ternuras cimienta,
á este santo sentimiento
vigor y confianza dé;

y me confundo y me pierdo
en tan loca fantasía,
porque de noche y de día
vivo adorando un recuerdo...

Cisne que del lago mueve
en lo escondido sus plumas,
y á rizar blancas espumas
de vez en cuando se atreve...

HORAC. ¿Un recuerdo?...

OCTAV. Y aquí fijo.

suele agitar mi reposo,
blanco cisne misterioso,
¡el recuerdo de mi hijo!...

HORAC. ¡No hablaba yo de ese amor!

OCTAV. Y cuando este no ha podido
al árbol hoy carcomido
guardar su primera flor,
no ha de haber, ya pierda ó gaue
en tan difícil empeño,
quien lleve adelante un sueño,
y el seco tronco engalane.

HORAC. Quién sabe si mi ternura...

OCTAV. ¡Ilusion! Ya no ambiciona
de amor la triste corona
mi desmayada hermosura:
en mi frente peregrinas
sus blancas rosas brillaron,
y en mi frente se enclavaron
hiriéndome sus espinas.

HORAC. ¡Ni una esperanza!

OCTAV. ¡Qué idea!

¡Otro fantasma querido,
que el hombre desvanecido
por amor propio se crea!
La esperanza es cuando mas
improductiva simiente,
que el afán siembra impaciente,
que no dá frutos jamás;
ciprés que se planta en donde
se cava una tumba, flor
que en el sepulcro el dolor
con el cadáver esconde.

HORAC. ¿Nada, Octavia, nada aquí?

OCTAV. ¡Cómo no? Un recuerdo fijo :
¡el recuerdo de mi hijo,
vida y alma para mí!
Y por él, á su memoria
el interés y cuidado
debe usted, que yo he prestado
de su pasion á la historia ;
porque á la ardiente mirada
que usted en mis ojos fija,
y á esa ternura que es hija
del cielo, y si no, no es nada,
rizando nevada espuma,
de un bien perdido reflejos,
he visto, aunque muy de lejos,
al cisne de blanca pluma ;
y, mal de mi grado, rota
la valla , ya necesito
salida dejar al grito
del tierno amor que aquí brota ;
y este amor es muy profundo...
y no hay de esplicarlo modo ;
es una mezcla de todo
lo santo que hay en el mundo :
y es tan puro este cariño
que descifrar no pretendo...
no sé lo que estoy diciendo ;
¡yo le amo á usted como á un niño!
(Horacio se arrodilla y besa las manos de Oc-
tavia.)
¡Qué es esto? ¡Y usted se humilla
de tal manera?

HORAC. Señora,
quien á una imágen adora
debe doblar la rodilla.

OCTAV. Horacio... ¡Qué agitacion
tan nueva !... ¡ Su llanto abrasa !
¡Qué pasa por mí , qué pasa
que me tiembla el corazon?

ESCENA VII.

OCTAVIA.—HORACIO.—RIALTO.

RIALTO. Hermoso grupo!

OCTAV. (*Dominándose y no permitiendo á Horacio que se levante.*)

¿Tan pronto?

Quietecito... No señor...

A los piés del ministerio

la orgullosa oposicion.

(*Como si viera en este momento á Rialto.*)

De hoy mas porque yo lo exijo...

Rialto...

(*Horacio se levanta*)

RIALTO. Se concluyó

la partida de villar,

y vuelvo á mi ocupacion

ordinaria; á ver á usted.

OCTAV. ¿Y quién es el vencedor?

RIALTO. (*Con intencion.*)

No puedo decir aun

quién ganará de los dos.

OCTAV. Entonces justo será

que vaya al palenque yo,

ya que usted deja el palenque

sin motivo, ni razon.

RIALTO. ¿Sin razon?

OCTAV. Si no quien juzgue

con acierto del primor

de su habilidad, tendrán

en mí, por lo menos hoy,

quien los anime y aliente

en su alegre diversion.

Horacio, vendré muy pronto...

(*Rialto la ofrece el brazo, y la acompaña hasta la puerta de la derecha.*)

Señor de Rialto... adios...

(*Aparte.*)

no olvide usted, señor Conde,

que es esta mi habitacion.

ESCENA VIII.

HORACIO.—RIALTO.

- RIALTO. Doy á usted mi enhorabuena.
HORAC. No sé de qué.
RIALTO. ¿Cómo no?
Octavia lo ha dicho.
HORAC. Conde...
RIALTO. Octavia ha dicho y en voz
muy clara, que usted, Horacio,
nuevo Cid batallador
parlamentario, abandona
su antiguo campo, y al son
de aplausos ministeriales...
HORAC. Octavia se equivocó.
Ignoro por qué motivo...
RIALTO. (*Con ironía.*)
Si ha sido equivocacion,
no insisto mas; yo creí
al ver á usted, la color
mudada y arrodillado...
HORAC. Si usted así me encontró...
RIALTO. (*Con sequedad.*)
Espliqueme usted el lance.
HORAC. Nunca he dado explicacion
de mis acciones á nadie.
RIALTO. Arrojo muestra el señor
de Sandoval: por lo visto
allá en su imaginacion
calenturienta, quién es
el de Rialto olvidó.
HORAC. Un extranjero, segun
cuenta el público rumor,
que vende á Inglaterra plomo
y á precios muy altos.
RIALTO. ¡Oh!
No mintió en Madrid la fama.
¡Brios gasta el orador!

Sin duda cree que se agita
de pié, sin mas sujecion
que el reglamento, en presencia
de un cuerpo legislador,
rebaño humilde que vota
por costumbre, ó en razon
de su provecho.

HORAC. Rialto !

RIALTO. Señor Sandoval, no estoy
acostumbrado á sufrir
tan altiva presuncion.

HORAC. Ni yo á tolerar que un hombre,
que ha encontrado bajo el sol
de España hospitalidad,
arroje tanto baldon...

RIALTO. No es mucho. Recorra usted
la historia ; de dos en dos
agarre usted á esos hombres
que del polvo levantó
para alzarlos en sus brazos
la ciega revolucion...
¿Qué fueron ? ¿Y qué serán
tambien , Sandoval, los que hoy
se sientan en los escaños
de un congreso que nació
del cieno de los disturbios ?

HORAC. Del voto de la nacion.
Y quien lo contrario diga,
como un bellaco mintió.

RIALTO. ¿Sabe usted las consecuencias
de ese mentís ?

HORAC. Corazon
me sobra. Mi amigo el Duque...

RIALTO. Se entenderá con milord
Dudley. No estará demas
el sigilo.

HORAC. Adios.

RIALTO. Adios.

ESCENA IX.

RIALTO.

¡ Feliz él! Mucho mas jóven
que yo! ¡ Diputado! ¡ Jefe
de la oposicion!... ¡ Yo Conde!...
Él no lo es... pero alegre
el pueblo español aplaude
sus palabras elocuentes...
¡ Y Octavia? ¡ Es claro! ¡ Dichoso
Sandoval! ¡ Le ama! Ya hierve
dentro de mi corazon
esa inquietud, esa fiebre
que trastorna mis sentidos
al punto que me enloquece.
¡ La envidia!... ¡ La envidia, sí!...
No me abandona... aquí siempre:
conmigo vela de dia,
de noche conmigo duerme:
hija ruin, bastarda impura
de la impotencia, se atreve
á todo; roba, maldice,
calumnia, mata si puede.
Pasion infecunda y torpe...
¡ Oh! La envidia es una sierpe
que busca y al cabo encuentra
en el corazon su albergue,
y allí ya... ¡ nada en la tierra!
Lo sé; venenosa muerde
sin cesar, y su ponzoña
dentro del alma la vierte,
no en el cuerpo; y así es
que el envidioso se muere
sin morirse! ¡ Envidia!... ¡ Envidia!
¡ Su vida!... Sí; me aborrece...
¡ Y él á sus piés estrechando
con cariñosa, imprudente
solicitud!... Lo he resuelto.
¡ Lord Dudley! A tiempo viene.

ESCENA X.

JULIA.—LORD DUDLEY.—RIALTO.

- JULIA. ¡Cuidado, milord! De noche
se multiplican y crecen
las luces, los piés vacilan,
y al contemplarlas, parece
que se columpian ya fuera
del cimientó las paredes.
Deme usted el brazo, Conde;
no quiero que usted tropiece,
y por ser yo descuidada,
se haga un chichon en la frente.
- DUDLEY. Hermosa Julia, no tanto;
ya el sueño se desvanece;
los ojos de usted disipan
su fúnebre sombra; tienen
elasticidad mis miembros;
huyó el esplin, y ya alegre...
- RIALTO. Lord Dudley.
- DUDLEY. (*Aparte.*)
¡Dios te confunda!
- RIALTO. Oigame usted.
- JULIA. (*A Dudley. Aparte.*)
¿Qué sucede?
¿Ha vuelto el esplin?
- DUDLEY. Ha vuelto.
- RIALTO. Conde Dudley, ¿no merece
mi amistad el sacrificio?...
- JULIA. ¿De que yo su brazo deje?
Sí, señor.
- RIALTO. No es eso, Julia.
Tal suposicion me ofende.
Mas tarde hablarle podré.
- JULIA. Ahora mismo, si usted quiere...
Asi como asi me espera
adentro...

- DUDLEY. (*Acompañándola.*)
Quien no consiente
que monopolicen otros
la flor que envidiarle deben.
- JULIA. (*Con amargura.*)
¡Es verdad!

ESCENA XI.

LORD DUDLEY.—RIALTO.

- DUDLEY. ¿Qué quiere usted?
- RIALTO. Que usted sin demora arregle
mi lance con Sandoval.
- DUDLEY. ¿En qué términos?
- RIALTO. A muerte.
Le he dicho mil tempestades,
insultos de esos que hieren
del hombre la dignidad...
Milord, ya usted me comprende.
Quiero matarle, ó que el diablo
conmigo cargue y me lleve
en cuerpo y alma al infierno,
con tal que allí no le encuentre.

ESCENA XII.

LORD DUDLEY.

¡Ojalá! ¡cumplido veas
tu voto! ¡Y una y mil veces
maldito yo que consiento!...
Vamos, cachaza; conviene
examinar... La condesa
tiene un Jerez escelente!
Quiere matarle; lo sé:
lo ha dicho ya y no se tuerce

su voluntad, porque yo
á acompañarle me niegue.
Su destreza en el manejo
de todas las armas... Puede
(*Sacando del bolsillo la cartera y de ella el acta
del desafio, lee.*)
que... El artículo segundo:
(*Lee.*)

«El Conde de Rialto se compromete á vi-
vir en compañía de lord Dudley y á servirse
de él, como testigo, en todos sus duelos.»
Está clarito y en breves
palabras... ¡Es un gran vino!
¡Famoso para la higiene!
¡Qué Jerez! ¡Si yo pudiera
sin que mi honor padeciese
ajustar de modo el lance!...
Si mi memoria no miente...
el Conde es supersticioso...
de noche acosarle suelen...
De noche... Las armas... ¡voto
al diablo! ¡Las armas!.. Ruede
la bola... ¡Quién sabe!.. Dios
lo ha dicho!... Su voz solemne!..
Hay un dejo en el Jerez
que el paladar agradece.

ESCENA XIII.

LORD DUDLEY.—EL DUQUE.

DUQUE. Milord, un deber penoso...

DUDLEY. Ya lo sé.

DUQUE. ¡Lances del mundo!

DUDLEY. Y que usted conocerá
por esperiencia presumo.

DUQUE. No, milord: la vez primera
es esta, que en un asunto
de tal especie me mezelo:
pero desde luego, juro

que ha de correr á torrentes
la sangre.

DUDLEY. Muy furibundo
viene usted.

DUQUE. En estas cosas
es preciso ser muy duro.

DUDLEY. Prudencia; siéntese usted;
no tan distantes, mas juntos...
Hablemos bajo. Estos lances...

DUQUE. Reclaman sigilo...

DUDLEY. Y pulso.

(*Aparte.*)

Como es tan mozo sospecho...

DUQUE. (*Aparte.*)

Este inglés será un Licurgo!...

DUDLEY. ¿Con que usted es?..

DUQUE. El padrino
de Sandoval.

DUDLEY. Yo el segundo
del Conde, que al elegirme
su honor en mis manos puso.
¿Qué pretende el Diputado?...

DUQUE. Como es natural y justo,
que Rialto se retracte
de sus palabras en público.

DUDLEY. No es hombre el Conde que da
satisfaccion á ninguno
de ese modo.

DUQUE. Sin embargo,
ha sido grande el insulto!...

DUDLEY. Pues ¿qué pasó?

DUQUE. No lo sé;
pero segun su iracundo
semblante...

DUDLEY. Vamos á cuentas...

DUQUE. De nada sirven los números
en este caso, milord.
Horacio me ha dicho: «Arturo
»reta á duelo singular
»á ese italiano;» y yo cumplo
su voluntad, y al cumplirla,
ni multiplico ni sumo.

DUDLEY. Con todo, tiene sus leyes

la humanidad.

DUQUE. En desuso
están, porque así lo ordenan
habladurias del vulgo,
y yo prefiero un desastre
á su irónico murmullo.

DUDLEY. Yo no.

DUQUE. Yo sí.

DUDLEY. Es mas prudente
dando al negocio otro curso...

DUQUE. (*Con burla.*)
Amigo mio, si el Conde
tiene de batirse escrúpulos...

DUDLEY. Acepto en su nombre el duelo.

DUQUE. Ya era tiempo.

DUDLEY. (*Aparte.*)

De seguro:
el Duque es un alcornoque,
ó tiene el alma de estuco.

DUQUE. (*Aparte.*)
¿Y esto es un inglés? Tiene algo
milord, de marino ruso.

DUDLEY. Condiciones...

DUQUE. Las que usted
designa, no las discuto.

DUDLEY. Usted el derecho tiene
de imponérmelas.

DUQUE. Lo dudo.

DUDLEY. Señor Duque, el Conde ha sido
quien insultó; de su orgullo
justo es que las consecuencias
sufra.

DUQUE. Y yo, milord, no sufro...
costumbres son de mi patria,
y á sus costumbres me ajusto.
Aquí, quien reta, abandona
á su enemigo presunto
el derecho de imponer
las condiciones.

DUDLEY. ¡Qué absurdo!
¿dar al que injuria ventajas?
No pasa ni entre kalmucos.
Yo soy buen inglés y en Lóndres...

:

Si es este en España el uso,
un insolente que tenga
decision y fuerte el puño
y haya de las armas hecho
con mala intención estudio,
puede insultar á cualquiera,
sin mas razon que le plugo;
y despues si el ofendido,
cediendo á un honrado impulso,
le pide cuentas al tal
de sus agravios injustos,
está obligado á sufrir
que el otro... ¡Vaya! ¡Es el cúmulo
del escándalo! Es lo mismo
que presentar al verdugo
una víctima indefensa.
No consiento.

DUQUE. Pues renuncio
á ese derecho que brinda
ventajas de tanto bulto.

DUDLEY. No puede usted renunciar,
no debe usted...

DUQUE. Ya eso es mucho
decir... ¡Sabe usted, milord,
que ese empeño inoportuno
en sostener los derechos
del contrario, es el prelude
de una conducta que puede
tacharse al fin por alguno
de desleal?...

DUDLEY. Señor Duque,
la igualdad es lo que busco:
no soy como usted que arroja,
sin reflexion, ni discurso,
el cuerpo de un hombre á un tigre.

DUQUE. ¡Domesticado!.. ocho lustros!..
tigre viejo y ya sin garras,
sin voluntad y sin humos
de reñir.

DUDLEY. (*Aparte.*)

¡Duque! Prudencia,
porque este mozo es estúpido.

DUQUE. ¡Cuándo?

- DUDLEY. Mañana.
- DUQUE. ¿A qué hora?
- DUDLEY. ¿La hora? Un lance nocturno...
(*Aparte.*)
Es lo mejor; en su vida
de espadachin no lo tuvo...
Sí, sí; apelemos de la
supersticion al influjo.
Para los dos es lo mismo.
- DUQUE. Vamos, milord, que me aburro
de esperar.
- DUDLEY. Mañana sábado...
- DUQUE. A los primeros crepúsculos
del alba...
- DUDLEY. No; á media noche.
- DUQUE. ¿De noche?
- DUDLEY. A las doce en punto.
- DUQUE. (*Aparte.*)
¿A las doce? ¿Si serán
Rialto y milord dos brujos
y al dar las doce?..
- DUDLEY. Si usted,
por causas que no pregunto
prefiere otra hora...
- DUQUE. No.
¿Sitio?
- DUDLEY. Elejiremos uno
mañana.
- DUQUE. ¿Armas?
- DUDLEY. El florete.
- DUQUE. No hay arma mas de mi gusto.
- DUDLEY. Advierto á usted que es el Conde
maestro.
- DUQUE. Me lo figuro.
- DUDLEY. ¿Y Sandoval?
- DUQUE. Ni aprendiz :
pero es valiente y es zurdo.
- DUDLEY. En ese caso...
- DUQUE. No importa;
al fin saldrá del apuro
como pueda.
- DUDLEY. La pistola.
- DUQUE. ¿Ya toma usted otro rumbo?...

- DUDLEY. La pistola.
DUQUE. A veinte pasos...
DUDLEY. A diez : tirarán por turno.
DUQUE. Bien, milord.
DUQUE. Una con bala
y otra sin ella.
(*Aparte.*)
¡Que escudo
sea Dios en el combate,
de quien lo merezca ! Escuso
(*Encargándole sigilo.*)
decir á usted...
DUQUE. (*Aparte.*)
¡Pobre Conde !
Perniquebrado ó difunto.
DUDLEY. (*Aparte.*)
¡Encargar á un hombre asi
la vida y en ella el triunfo
del honor !... ¡ Un botarate !
DUQUE. (*Aparte.*)
¡ Por san Fermin, que me luzco,
si con él me hago el chiquito !
DUDLEY. (*Aparte.*)
¡ Un alcornoque y en bruto !

ESCENA XIV.

OCTAVIA.— JULIA. — HORACIO. — MONTE-JURRA. — PANTO-
JA.—RIALTO.—EL DUQUE.—LORD DUDLEY.—CRIADOS.

- PANTOJ. No es cierto que yo derroche
mis bienes.
OCTAV. ¡ Jugar tan fuerte !...
DUQUE. (*A Horacio.*)
Mañana y á muerte.
MONTE. (*Que lo ha oido ; en voz baja.*)
¡ A muerte ?
DUQUE. (*A Rialto.*)
A las doce de la noche.

- RIALTO. *(Con disgusto.)*
¿De noche?
- DUDLEY. *(Separándose de Rialto y arrellanándose en un sillón.)*
Bien; no le agrada la hora.
- OCTAV. ¿Se juega?
- HORAC. Si.
(Cada uno de los cuatro toma una carta de las que hay colocadas en el centro de la mesa.)
- OCTAV. Usted, Monte-Jurra, allí.
- RIALTO. Yo aquí.
- OCTAV. ¿Gran señal! La espada.
(Se sientan, y dá los naipes; el que se encuentra á la izquierda de Octavia.)
- DUQUE. *(A Julia y Pantoja.)*
¿Y nosotros?
- PANTOJ. Julia y yo...
- JULIA. Lo que usted, Pantoja, quiera.
(Pantoja coloca sobre la mesa el juego de los caballos y entrega á Julia los dados.)
- DUQUE. Me conformo; una carrera.
- JULIA. *(Llamándole.)*
Lord Dudley,
- DUQUE. Ya se durmió.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

OCTAVIA.

¿Me habrá engañado?... No creo.
¿Mi hijo!... Su padre el Conde
me ha prometido, si yo...
¿Y debo hacerlo? ¿Su nombre
deshonra! ¿Será inocente?
Si lo es, que primero borre
la mancha que ha deslustrado
las bandas de sus blasones.
¿Un ladron! Un presidario!...
Pero si me niego, indócil
á sus exigencias, nunca
le veré!... ¿Tormento doble
es este! ¿No verle yo
sabiendo que vive! Entonces
¿de qué me sirve la vida?
De nada. No hay otro goce
comparable al de una madre
que al fin encuentra hecho un hombre,
al niño que... ¿Y dónde está?
¿Dónde, Providencia? ¿En dónde!

ESCENA II.

OCTAVIA.—JULIA.

JULIA. Octavia, ¿qué haces aquí?
¿Por qué causa no recorres,
como otras mañanas, hoy,
el ordenado desorden
de tus verdes bosquecillos,
de tus matas de colores?
¿Qué es ello? Se me figura,
Octavia, que desde anoche
envuelven tu rostro sombras
de profundos sinsabores.
Ven conmigo; para ti
yo haré que mis manos corten
olorosos ramilletes...

OCTAV. ¿De veras? ¿Gustas de flores?

JULIA. ¿A quién no agrada esa rica
alfombra, que tiende sobre
la tierra, de abril y mayo
los aromáticos dones?

(Suenan un tiro.)

Las flores son mi embeleso.

¡Imágen de los amores!

Risueñas al asomarse
la aurora en el horizonte,
y místicas cuando en la tarde
la luz del sol se recoge,
las galas de abril y mayo
y de amor las ilusiones
no duran!

OCTAV. Julia, de amor
tu pecho inocente al choque,
ó sueña con esperanzas,
ó sufre con los dolores
del desengaño. ¿Mis huéspedes
qué están haciendo?
(Suenan un tiro.)

- JULIA. Conformes
y satisfechos... ¿No oiste?
- OCTAV. ¿Y qué tal? ¿Son tiradores?
- JULIA. El Duque y Pantoja, cero:
ó desgraciados, ó torpes
no alinan nunca.
- OCTAV. (*Con intencion.*)
¿Y Horacio?
- JULIA. (*Dominándose y desentendiéndose de la pregunta.*)
El Conde Rialto pone
con tal acierto la bala,
que no deja un monigote
de yeso á vida; ademas
ejecuta otros primores
de habilidad portentosa.
- OCTAV. ¿Y Horacio?
- JULIA. Tambien el Conde
de Monte-Jurra es maestro...
- OCTAV. ¿Y Horacio?
(*Julia sin responder, se arroja llorando en los brazos de Octavia.*)
Julia, no llores.
¿Por qué de mi desconfias?
- JULIA. ¡Octavia! ¡Octavia!... No toques
la herida del corazon
con pronunciarne ese nombre!
- OCTAV. Ya ves cómo yo tenia
razon. Confiésame dócil...
- JULIA. El dijo que me adoraba...
y yo creyéndole... ¡Pobre
de mí!
- OCTAV. Sin tardanza enjuga
esas lágrimas que corren
desvalidas; y si Horacio
sus promesas desconoce,
ten fuerza dentro de ti;
la fria razon te apoye,
y arrostra del desengaño
las desventuras precoces.
No temas á esa hermosura
que él ha escogido por norte...
yo la conozco... yo sé

que el alma suya es de bronce;
yo sé que tan solo al grito
filial su pecho responde.
Animo, Julia, y no temas;
acostúmbrate á los golpes
del mundo; y desde hoy aprende,
pues hoy levanta su azote
contra tí, que sus venturas
son los últimos calores
de otoño; cuatro minutos
de lluvia en fuga los ponen,
y apenas desaparecidos,
se ve la nieve en el monte.

ESCENA III.

OCTAVIA.—JULIA.—MONTE-JURRA.

OCTAV. ¿Quién es? Conde, ¿usted aquí
tan de mañana? Me pesa.

MONTE. ¿Por qué?

OCTAV. Mi toilette...

MONTE. Condesa,
usted vale mas así.

OCTAV. ¡Siempre el mismo! ¡Cortesano!

MONTE. Mas siempre de buena ley.

OCTAV. (*Con malicia.*)

Dígalo el difunto rey.

MONTE. Dígalo, Octavia, esta mano.

(*Se la besa.*)

(*En voz baja.*)

Quiero hablarte.

OCTAV. Julia, admito

mejor que una rica alhaja

tu ramo de flores; baja

al jardin; te lo permito.

JULIA. Octavia, adios.

OCTAV. (*Aparte á Julia.*)

Julia mia,

que no sospeche siquiera
lo que padeces; modera
tan honda melancolía.

ESCENA IV.

OCTAVIA.—MONTE-JURRA.

MONTE. He sorprendido un secreto.

OCTAV. ¿Y cuál?

MONTE. Horacio y el Conde
se van á batir.

OCTAV. ¿En dónde?

MONTE. Lo ignoro; pero el respeto
que tú mereces por ser
una dama, la ocasión
del lance, mi situación,
el escándalo, el deber...
todo exige que de faz
cambie este asunto: prudente
tú sola puedes...

OCTAV. Corriente.

MONTE. Que los dos firmen la paz.

OCTAV. ¿Y qué gano si concluyo
esa paz entre los dos?

MONTE. Octavia... ¡Testigo Dios!
los brazos del hijo tuyo.
(*Octavia se dirige precipitadamente al cordon
de la campanilla, y llama.*)

ESCENA V.

OCTAVIA.—MONTE-JURRA.—AMBROSIO.

OCTAV. Al señor de Sandoval
que le aguardo aquí.
(*Se va Ambrosio.*)

No hay duda;

como él á la cita acuda!...
La lucha no es desigual.
¡Amor y honor frente á frente!
¡Quién vencerá en la porfía?
(*Mirándose en el espejo.*)
Lucha habrá, por vida mia,
si es que mi espejo no miente.
Y no miente, no; en conciencia
bien puede aún... y aunque paso
de los cuarenta, ¿es acaso
grano de anís la experiencia?
Me desagrada esta flor.
(*Se la quita y se queda con ella en la mano.*)
¿Y el talle?
(*Con aire satisfecho.*)
Voy sin corsé...
(*Con viveza á Monte-Jurra.*)
¿La mano?... *pas mal*... ¿Y el pié?
¿Si necesita un tutor!...
Cierto aire de... Pasos siento...
Sepárese usted de mí...
MONTE. ¿En dónde me oculto?
OCTAV. Allí,
Señor Conde, en mi aposento.

ESCENA VI.

OCTAVIA.—HORACIO.

HORAC. Me ha dicho Ambrosio...
OCTAV. Es verdad.
HORAC. ¿Puedo saber á qué debo
la honra?...
OCTAV. Siéntese usted.
(*Sentándose.*)
Mas junto á mí, no tan lejos.
HORAC. ¡Octavia!
(*Se sienta.*)
OCTAV. No sé á qué viene
esa estrañeza... ¿No puedo
tener yo la condicion

- variable como los vientos?..
- HORAC. No encienda usted esperanzas
para disiparlas luego.
- OCTAV. En las cosas de la vida
conviene dar tiempo al tiempo...
A veces un cuarto de hora
(*Deja caer la flor que tiene en la mano.*)
de reflexion...
(*Viendo que Horacio se baja á cogerla.*)
¿Qué tenemos?
- HORAC. La ha dejado usted caer
y yo, al recojerla, quiero...
- OCTAV. ¿Lo que yo?
- HORAC. No sé.
- OCTAV. Una flor
es de galan sobre el pecho.
- HORAC. Podré sin que usted se enoje?
calla usted? Ese silencio
bien claro me manifiesta...
- OCTAV. Que al callar consiento en ello.
- HORAC. ¡Oh ventura!
- OCTAV. Sandoval,
dicen que es usted maestro
del florete y la pistola
en el difícil manejo.
- HORAC. No es cierto, Condesa; mienten
los que tal cosa dijeron.
No sé lo que es un *coupé*;
ni una segunda, ni intento
ganar reuombre, matando
el ave que cruza al vuelo.
- OCTAV. Sin embargo, en este siglo
de cultura y de progreso
no es hombre bien educado,
quien no es en las armas diestro.
- HORAC. Es verdad; la educacion
lo ordena así; no lo niego:
mas yo, sin rubor lo digo,
preferí desde pequeño,
á una habilidad tan triste,
el recojido sosiego
del estudio...
- OCTAV. ¡Cultivar

la rica flor del ingenio!..

¿Y ha tenido usted alguno
de esos que llaman encuentros
de honor las gentes de dura
condicion, de áspero génio?

HORAC. ¿Encuentros de honor, Condesa?

OCTAV. Sandoval, mas claro, un duelo.

HORAC. Ninguno.

OCTAV. ¿De veras?

HORAC. Si;

y juro á usted que no miento.

OCTAV. No tiene usted precision
de juramentos ; lo creo.

HORAC. ¿Y usted me podrá decir
qué significa este empeño
de saber?...

OCTAV. No; pero en cambio
le diré, que no es de cuerdos
el preguntar la razon
que impulso presta al deseo.
Cristal que se quiebra pronto
la mujer es un misterio;
en la redondez del mundo
no hay dos con un pensamiento...
¿Y cuándo se bate usted?
(*Con aplomo.*)
¿Hoy ó mañana?

HORAC. No pienso
en tal cosa.

OCTAV. La mentira
es propiedad de los viejos;
no es hora aún de que usted
haga valer ese fuero.
Con que al fin Rialto pudo?..

HORAC. Sabré dar á sus denuestos
la respuesta que merecen.

OCTAV. Y aunque se falte al respeto
que se me debe y en lenguas
ande mi honor por el pueblo,
no importa, con tal que ustedes...

HORAC. Contra esa injuria protesto.

OCTAV. ¿Injuria?

HORAC. Lo es para mí,

- que el nombre de usted venero.
- OCTAV. No han dicho á usted que es el Conde...
- HORAC. Un hombre, ni mas ni menos
que yo; será la victoria
del mas venturoso.
- OCTAV. ¡Bueno!
Ese lenguaje tan frio
á gritos está diciendo
que no hay en la tierra nada
que arranque á usted un recuerdo
de dolor y de cariño...
Su padre de usted...
- HORAC. Confieso
que su memoria ha ocupado
mi corazon un momento ;
pero ha muchos años que
de mí se alejó y no ha vuelto.
Mi muerte le arrancará
algunas lágrimas... luego...
muy pronto el olvido...
- OCTAV. ¡ Horacio,
ese dolor es eterno!
Su madre de usted...
- HORAC. ¡ Mi madre?
- OCTAV. Respóndame usted...
- HORAC. Ha muerto.
- OCTAV. (*Con ternura.*)
¿ Y yo?
- HORAC. ¡ Condesa! ¿ Es posible?
Usted , usted con acento
dolorido me pregunta?
(*Octavia deja caer su mano entre las de Horacio.*)
¿ Y tiembla aquí entre mis dedos
su mano!... ¿ Grabe yo en ella
de amor el ardiente beso!
(*Octavia retira la mano.*)
¿ Por qué me arrebató usted
el único bien que anhelo?
- OCTAV. Corra usted de los peligros
el belicoso sendero...
Si nada en la tierra existe
que inspire á usted miramientos,

¿á qué viene ese arrebató
de amor?

HORAC. Condesa, no acierto
á esplicarme... usted se burla...

OCTAV. No hay burlas cuando aquí dentro...

HORAC. Júreme usted que su amor...
¡deliro! ¡Loco me vuelvo
con tanta felicidad!
yo sé que no la merezco...

OCTAV. (*Con resolucion.*)
No quiero que usted se bata.

HORAC. Octavia, en el universo
hay algo mas que la vida ;
está el amor, sentimiento
que engrandeciéndose, acaba
por ser único... ¡Un esfuerzo!
¡El último! ¡Una palabra
de ternura!...

OCTAV. Y si de nuevo
las ramas brotan del tronco
que yo imaginaba seco ;
si rasga por fin mi mano
resuelta el confuso velo
que le oculta y de repente
hoy se presenta enbierto
de blancas flores y rico
de aromas, verde y risueño ;
si á impulsos de una esperanza
inesplicable, mi trémulo
lábio dá al aire ternuras
las puertas de mi alma abriendo....
¡Renuncia usted á ese lance
que me espanta, porque veo
que me roba para siempre
la felicidad que espero?

HORAC. Exijame usted mi sangre,
y déjeme usted ileso
el honor, única prenda
que libre y pura conservo.

OCTAV. ¡Y si mis lágrimas vienen
á fortalecer mis ruegos?...

HORAC. Condesa, la quiero á usted
con un amor, que no entiendo ;

la quiero á usted, como á Dios!...
pero mi honor es primero.

(Octavia se cubre los ojos con el pañuelo, figurando que llora.)

¿Llora usted? No.

(Horacio se separa bruscamente de Octavia, se le interpone Monte-Jurra.)

OCTAV. *(Aparte.)*

¿Me abandona?

MONTE. ¿A dónde se vá? ¿Qué es esto?

ESCENA VII.

OCTAVIA.—HORACIO.—MONTE-JURRA.

OCTAV. No lo sé; pero es el caso
que el alma aflijida llevo,
y me atosiga, me ahoga
un triste presentimiento.

HORAC. ¿Octavia!

OCTAV. Déjeme usted.

(A Monte-Jurra, en voz baja.)

¿Pude hacer mas en obsequio
de mi hijo?

MONTE. No, Condesa.

OCTAV. ¿Qué desengaño! ¡El espejo!
A mi edad es el peor
de todos los consējeros.
Con las memorias de ayer,
aunque miramos, no vemos
en su cristal retratados
los descalabros del tiempo.

ESCENA VIII.

HORACIO.—MONTE-JURRA.

MONTE. Vamos... ¿Qué importan desdenes,
si luego en amor se cambian?

HORAC. ¡Señor Conde!

MONTE. ¡Dios dirá!

Y está su justicia á tanta
altura, que no la tuercen
maquinaciones humanas.
Yo lo sé por esperiencia;
en Wassingthon, nueva patria
para mí, puerto seguro
en mis deshechas borrascas...

HORAC. ¿Ha vivido usted en Wassingthon?...

MONTE. Allí establecí mi casa,
cuando perdí, calumniado,
el sol hermoso de España.

HORAC. Y allí mi padre reside.

MONTE. ¿Su padre de usted se llama?...

HORAC. Como yo: su nombre llevo...

MONTE. ¡Ah! Sé quién es... sus desgracias
conozco; el de Sandoval
no es su apellido... Rayaba
usted en los cuatro abriles...

HORAC. ¿No es mi apellido?... ¿Y qué causa?

MONTE. Su nombre de usted es otro...

HORAC. ¿Que es otro mi nombre?...

MONTE. Calma

y oiga usted lo que no sabe,
lo que es preciso que salga
al fin de mis lábios hoy...

HORAC. ¿Y cuál es mi nombre?

MONTE. Vaya;
prudencia; ya en este cambio
mas que se pierde se gana.

HORAC. ¿Podré decir quién ha sido
mi madre? Desde la infancia

abandonado...

MONTE. No tal;
su padre de usted velaba...
Un sacerdote cuidó
de dar á usted enseñanza.
Despues ha vivido usted
mas que holgado, en la abundancia;
en ese fausto que enjendra
ambiciosas esperanzas
al cabo en el Parlamento
con esceso coronadas.

HORAC. Es verdad.

MONTE. Dígame usted.

(*Aparte.*)

¡Qué aire tan digno! ¡Me encanta!
Su padre de usted es noble
y tan honrado, que basta
en los Estados-Unidos
su firma, para que se abran
del comercio americano,
sin mas condicion las areas.

HORAC. Mudóme el nombre mi padre!
¡Y por qué? ¡Por qué me aparta
de su lado en mi niñez,
y me abandona, y se marcha
tan lejos?...

MONTE. ¡Calumnias viles!
De un rey sin ley la venganza!...
Huyó de su patria, es cierto;
pero antes que de su patria
perdiera la amiga sombra,
vivió encadenado en Africa
como un infame bandido,
la sangre de sus espaldas
por la mano del verdugo!...

HORAC. ¡Señor Conde!

MONTE. ¡Lè acusaban
de ladron; le condenaron
por ladron!...

HORAC. ¡Que Dios me valga!

MONTE. ¡Y era inocente!

HORAC. Las pruebas...

MONTE. El hombre que en tan aciaga

ocasion fué el instrumento
de persecucion tamaña,
proscrito despues, y enfermo,
de su calumnia y su infamia
en manos de un confesor
las pruebas puso. Inmediata,
solemne reparacion
le espera, si á su demanda
un nuevo juicio...

HORAC. (*Con entusiasmo.*)

Esas pruebas...
y mi elocuencia que arrastra
los votos del parlamento,
la multitud de las plazas,
que ha conquistado á mi nombre
postizo tan grande fama,
delante de un tribunal
sabr  sostener mañana...

MONTE. ¡Mañana!... ¡Y si muere usted
esta noche?

HORAC. Me olvidaba,
(*Estrech ndole la mano.*)
Señor Conde... ¡En un amigo
bien puedo tener confianza!

MONTE. Y mucha; créame usted.
¡A qué vendrán estas lágrimas?
¡v  á conocer lo que sufro!
¡V    saber que se me saltan
por el peligro que corre,
que su existencia amenaza!
(*Con ira.*)

HORAC. ¡Si muere en el desafio!...
¡Me ofrece usted que esta carta
  las manos de mi padre
llegar ? No v  cerrada...

MONTE: (*Leyendo.*)

»Padre mio : lo s  todo. La calumnia desapare-
»cer  ante la sentencia de un tribunal honrado.
»Si así no sucede, tu nombre es mi nombre;
»desde hoy no llevará otro: no quiero renun-
»ciar á esa herencia, primera que recibe el hom-
»bre en la pila del bautismo,   presencia de

»Dios, entre las bendiciones de un sacerdote.
»Voy á batirme; si muero en este desafio, no
»persigas á mi adversario; derrama unas cuan-
»tas lágrimas sobre mi sepulero, porque habré
»muerto sin conocerte, sin haberte estrechado
»en mis brazos, sin haber recibido tu bendi-
»cion...»

(Con voz ahogada.)

HORAC. No puedo mas... ¡Hijo mio!
¿Qué dice ese hombre? ¿Me engaña
mi deseo?

MONTE. ¿No habrá un medio
de que se aplace?... ¡Me espanta
la idea! Yo sé las leyes
del honor; las puse en práctica
mas de una vez en mis años
juveniles... ¡Si le hablara
á usted en nombre de un padre,
que solo en usted aguarda!...

HORAC. No debe querer el mio
que mi honor en trizas caiga;
con sangre no mas la herida
que abrieron en él se lava.
No es solo mia la ofensa...

MONTE. Horacio, ya peina canas
su padre de usted, no tiene
otra ambicion que la santa
de vivir junto á su hijo...

(Llorando.)

Yo sé que ahora mismo baña
el llanto de la amargura
sus mejillas arrugadas...
¿Qué dirá cuando una madre
con repetidas instancias
le pregunte por el fruto
querido de sus entrañas?...

HORAC. ¿Mi madre? ¿Vive? ¿Quién es?
¿Dónde está?... ¿Cómo se llama?

*(Aparece Dudley: entra con aire meditabundo,
sin reparar en Monte-Jurra ni en Horacio.)*

MONTE. Lord Dudley... Vamos de aquí.

HORAC. ¡Gracias, señor Conde, gracias!

MONTE. ¡Conde! ¡Conde! ¡Y nada mas?

HORAC. (*Quiere arrojarle en sus brazos. El Conde le detiene y le estrecha la mano con ternura.*)

¡Ah! señor...

MONTE. Prudencia... basta...

ESCENA IX.

LORD DUDLEY.

Si Horacio muere esta noche,
¿qué haré?... ¡Pues no! Lo primero,
si no hay tren, buscar cochero,
cuatro caballos y un coche:
y despues en la presencia
del Conde, que así lo quiso,
(*Sacando de su cartera el acta de su desafio con Rialto.*)

romperé este compromiso
con ella ó sin su licencia.

¿Romperle? Vamos; criterio,
lord Dudley; no se apresure,
ni se impaciente, ni jure,
que es el asunto muy sério.

Supongamos ya, que libre
me encuentro de estos azares;
que el Conde fija sus lares
adonde nació el jenjibre...

Bien: ¿y qué? ¡Pregunta ociosa!
Gozo de la libertad,

que en esta y en la otra edad
fué siempre escelente cosa.

Corriente; pero ¿y si el duelo
se ajusta en que han de matarle,
y yo, por abandonarle

no estoy allí? ¡Vive el cielo
que no es cosa de perder
momento tan esperado!

(*Guardándola.*)

Guardo el papel y á su lado
su sombra tengo de ser:

y si muere por un yerro
de cuenta el de Sandoval,
que tenga paciencia; el mal
se cura con un entierro.
¿Le entierran y yo me aguanto
junto á el Conde?... ¿Y mi conciencia...
qué me dice?... ¡La paciencia
se necesita de un santo!
(Vuelve á sacar el acta.)
No señor; y aunque él tasó
mi vida, como á él le plugo,
¿qué importa? ¡Afuera este yugo!
No pago y San se acabó.
¡Bueno fuera!... ¡Mil guineas
por una cosa prestada!
¡La vida! ¡Pues ahí es nada!...
desde hoy... ¡Cuando tú las veas!
(Sacando una libra esterlina del bolsillo.)
Y pesa cada esterlina...
¡Qué robo! ¡Si es un espanto!
¿De cuando acá vale tanto
un oficial de marina?
Los mejores, las mas veces,
sin proferir una queja
dan al golfo la pelleja
para festin de sus peces.
Nada, nada... eso seria...
mentir mi firma y deberle;
hay que pagarle ó no haberle
comprado la mercancía.
Eso es lo que hacer me toca
y no meter á barato...
cuando se firma un contrato
se echa un candado á la boca.
(Como herido de una buena idea.)
¡Ah! Mi renta se aproxima
á doce mil, mas bien mas
que menos... tengo ademas...
¡si le ofreciera uua prima!
Si yo de golpe le diera
diez mil esterlinas por
rescindir... ¡Es lo mejor!
¡Y Dios, que lo admita, quiera!

¡Y querrá! Los italianos
en viendo dinero junto,
y en gran cantidad, al punto
presentan entrambas manos.
¿Diez mil de un golpe?... Este antojo
de independencia merece...
que yo... digo... me parece
que el tal pellizo no es flojo.
No importa... si admite, vamos
á casa del comerciante;
es negocio de un instante;
las cuenta y nos separamos.
Y puedo ya, si me chilla
y en mis negocios se mete,
con la punta del florete
taladrarle la tetilla...
Pero antes haré esta noche
mi deber, porque es mi ahijado;
y si muere el diputado,
las diez mil, entierro y coche.

ESCENA X.

LORD DUDLEY.—EL DUQUE.

DUQUE. Lord Dudley, corre un ruidito....

DUDLEY. (*Mirándole con desden; no le responde: dá media vuelta y dice.*)

¡Hola! ¡El Conde de Irastorza!
Muñeco he visto de alcorza
con mas sentido comun.

DUQUE. Lord Dudley...

DUDLEY. (*Lo mismo.*)

¡Guardo el contrato
y no le rompo, á fé mia,
sin ver el último dia
de este insigne mentecato.

DUQUE. Lord Dudley.

DUDLEY. (*Lo mismo.*)

¡Qué institucion

la de los tontos! ¡ Abundan
de tal manera, que inundan
y empobrecen la nacion!

DUQUE. Deje usted esas malditas
cavilaciones...

*(Lord Dudley le lanza una mirada desdeñosa:
se pone el sombrero y se retira pausadamente
por la puerta del fondo.)*

¿ Se vá?

Lord Dudley, ¿ de cuando acá
se viene usted con bromitas?

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion.—Es de noche: candelabros ó lámpara.

ESCENA PRIMERA.

JULIA *de pié.*—LORD DUDLEY *sentado junto al velador.*

- JULIA. (*Aparte.*)
Si no me equivoco! En casa
hay algo esta noche que...
que yo explicarme no sé.
- DUDLEY. Me mira!
- JULIA, ¿Qué es lo que pasa?
Milord! Le preguntaré.
- DUDLEY. (*Aparte.*)
¡Pobre Julia!
- JULIA. Me he propuesto
(*Acercándose á lord Dudley.*)
Y al fin he de averiguar...
- DUDLEY. Pongo el semblante indigesto,
me armo de un libro y me apresto
(*Toma un libro.*)
la embestida á rechazar.
- JULIA. (*Con cariño, acercándose.*)
¡Dudley!..
- DUDLEY. (*Con aspereza.*)
¿Es usted?
- JULIA. (*Lo mismo.*)
Yo soy.
- DUDLEY. (*Idem.*)
¿Y Octavia?

JULIA. (*Idem.*)

Por el jardín.

¿Qué hace usted?

DUDLEY. (*Idem.*)

Leyendo estoy.

JULIA. (*Idem.*)

¿Qué seriedad!

DUDLEY.

Tengo esplin.

JULIA. En ese caso me voy.

DUDLEY. Haga usted lo que usted quiera.

JULIA. (*Aparte.*)

Pues me gusta la manera

que tiene de responder!..

Yo sé lo que debo hacer.

DUDLEY. Ya lo supongo.

JULIA. Quisiera...

DUDLEY. Pregúnteme usted; ya escucho.

JULIA. No ha notado usted, milord,
que en todos el mal humor
se deja sentir?

DUDLEY. Y mucho.

JULIA. ¿Qué tendrán?

DUDLEY. ¿Tendrán?.. Calor.

JULIA. Perdone usted, si me río...
¿Calor? Y el Duque, sombrío
las manos se frota y grita,
y se alborota y se agita...

DUDLEY. ¿Se agita? Pues tiene frío.

JULIA. (*Con misterio y como refiriéndole una cosa
muy grave.*)

Rialto, apenas cerró

la noche, se dedicó

á ser astrólogo...

DUDLEY. ¿Sí?

JULIA. Yo misma há poco le vi...

Por cierto que me asustó...

Los ojos como centellas,
contemplaba las estrellas
á guisa de hombre inspirado
que busca un secreto en ellas...

DUDLEY. Eso es... que anda desvelado.

JULIA. ¿Y el otro?

DUDLEY. Quién?

JULIA.

Sandoval.

DUDLEY. ¿Horacio?

JULIA. No he visto un ceño
al ceño de Horacio igual.
Se ha encerrado...

DUDLEY. Es natural.

JULIA. ¿Por qué?

DUDLEY. Porque tiene sueño.

JULIA. No, señor; que desde ayer
se nota... y no me equivoco...
No tiene usted mas que ver...
Está triste...

DUDLEY. Podrá ser
que le haya usted vuelto loco.

JULIA. ¡Ojalá!

DUDLEY. ¡Buena intencion!

JULIA. Respóndame usted al punto
la verdad.

DUDLEY. No hallo razon...

JULIA. ¿No vé usted que en el asunto
se mezcla mi corazon?

DUDLEY. Pobre Julia!

JULIA. Desde el dia
de ayer, desapareció
para todos la alegria;
sin duda los contagió,
milord, la tristeza mia.
Monte-Jurra anda sin tino,
como quien busca y no halla
del disimulo el camino;
sobre él parece que estalla
la adversidad del destino.
De noche Octavia se atreve
contra su antigua costumbre...
¡Sola está! ¡Como quien debe
de un gran mal llorar en breve
la cercana pesadumbre!
Y usted mismo... ¿Por ventura
no he visto yo, no he notado?...
La observacion es segura,
y vanamente procura
hacerse el disimulado.
Usted ha echado en olvido,

y apuesto á que ya le pesa,
su Jerez, y no ha bebido,
ni se ha quedado dormido
tampoco sobre la mesa.
Todo esto, milord, se explica
de un modo que significa...

DUDLEY. ¿De veras lo dice usted?
Todo eso á lo mas indica
que yo no he tenido sed.

JULIA. (*Apoyándose en el respaldo de la silla en que
está sentado Lord Dudley.*)
Imposible recabar
una palabra de este hombre.

DUDLEY. ¡Y es bonita!

JULIA. ¡Qué pensar!

DUDLEY. ¡Y es tambien bonito el nombre!
A mi libro.

JULIA. ¡Y á llorar
en donde ninguno!

DUDLEY. A fé
de hombre honrado que me dá
compasion... Oígame usted.

JULIA. Va usted á decirme ya...

DUDLEY. Lo que pasa? No lo sé.

ESCENA II.

LORD DUDLEY.—JULIA.—EL DUQUE.

DUQUE. ¿Adónde tan diligente
la garza tiende su vuelo?

JULIA. Voy... á buscar un pañuelo
de abrigo.

DUQUE. (*Ofreciéndola el brazo.*)
Si usted consiente...

JULIA. Mil gracias.

DUQUE. Qué, desagrada
de milord la compañía?
Lo creo. Su señoría
divierte muy poco, ó nada.

- JULIA. Desde temprano el esplin
le fué terreno ganando...
- DUQUE. Pero, señor, hasta cuándo?...
¡Pobre milord! Tendrá un fin
desastroso. Una mañana
sin darle el menor cuidado,
despues de haberse bañado,
se tira por la ventana.
- JULIA. ¡Jesús!
- DUQUE. Las pátrias costumbres
ninguno de ellos olvida...
Vea usted... en la comida
bebe el Jerez por azumbres!...
- JULIA. Ayer, Duque; lo que es hoy...
juro á usted que no ha bebido.
- DUQUE. ¡Es verdad? ¡Notable olvido!
¡Ay Julia! Temblando estoy.
Por esa razon recelo
que mañana al ser de dia
da el salto su señoría.
- JULIA. ¡Que no lo permita el cielo!
- DUQUE. ¡Mírele usted qué mohino!
- OCTAV. (*Dentro.*)
¡Pues no faltaba otra cosa!
- JULIA. ¡Octavia! adios.
- DUQUE. (*Estupefacto al ver la precipitacion con que se
retira Julia.*)
- Presurosa...
- OCTAV. Varie usted de camino.

ESCENA III.

OCTAVIA.—MONTE-JURRA.—EL DUQUE.—HORACIO.—LORD
DUDLEY.—RIALTO.

(*El Conde de Monte-Jurra se sienta al otro lado del ve-
lador. Octavia, Rialto, Horacio y el Duque ocupan el
centro de la escena.*)

- DUQUE. ¿Qué será? ¿Por qué se aleja?
- OCTAV. (*Entrando.*)
No permito que usted baje
á los jardines; el viento

que columpia sus ramages
es muy frio, y el relente
mas daños que bienes hace.

HORAC. No he dado importancia nunca
á esta vida miserable.

DUQUE. Yo sí; y me encuentro á mi gusto
en este afligido valle
de lágrimas. ¡Plegue al cielo
que dure por él mi viaje
la edad del sol!

OCTAV. ¿Nada mas?
No es poco...

DUQUE. Pues no es bastante.

OCTAV. (*A Rialto.*)

Volvamos á la cuestion,
Rialto, y que su dictámen
nos den Horacio y el Duque.

RIALTO. A lo que ellos decretaren
me someto.

OCTAV. Dice el Conde...

RIALTO. Hablo por mí.

OCTAV. Que no es dable
entre dos hombres que tienen
el honor en lo que vale,
salir al campo y volver
á la ciudad, sin que laven,
florete ó pistola en mano,
su mútua ofensa con sangre.

DUQUE. De ese modo únicamente
el honor se satisface.

OCTAV. ¿Habla usted por experiencia?

DUDLEY. Para averiguar verdades
el tiempo el mejor testigo.

DUQUE. O el hijo de cuatro padres.

HORAC. Octavia, á mas de la honra
nuestras costumbres sociales...
quien llega á aceptar un duelo,...
tal es mi opinion, se bate.

OCTAV. No siempre; lo regular
es lo contrario. Las frases
abundan; las estocadas
no tanto, y estas son tales
que no matan: mucho ruido,

mucho hablar en todas partes
de que es el lance muy serio,
porque el motivo es muy grave;
los padrinos se congregan
ya en el café, ya en la calle;
quién dice que de los dos
que han de batirse, es tan hábil
el uno, que á treinta pasos
mata á un mosquito en el aire;
y quien que el otro es un hombre
muy vigoroso y muy jaque,
de grandes bigotes, vizco,
ceñudo, y de miembros ágil;
aquí murmuran del caso;
allá aseguran formales
no encontrar para el asunto
pacífico desenlace:
se fija por fin la hora;
se alquilan coches; se sale
muy de mañana; se llevan
pistolas, floretes, sables...
¡qué sé yo!... Mucho de físico,
muchísimo de vendajes;
se llega al terreno; se hablan
los dos que quieren matarse;
media un tercero; se cruzan
explicaciones verbales;
se vuelven al coche; dan
la vuelta á Madrid que es grande,
y á las diez, si al ser de día
abandonaron sus lares,
se estacionan en L'Hardy
los caballeros andantes,
y almuerzan juntos, y firman
entre botellas las paces.
Esto es lo comun, y así
no traiga usted al debate,
como argumento, lo de
nuestras costumbres sociales.

RIALTO. Da usted una pobre idea
de su país; en las márgenes
que baña el Tiber en Roma
y el Pó caudaloso en Nápoles,

sobre el campo no se esgrimen
las armas, sin que se palpen
sangrientos los resultados...
consecuencia inevitable...

OCTAV. De que alguno de los dos
quiere adornar liviandades
de mozo, manchando el nombre
de quien acaso fué mártir,
por vanidad si se quiere,
de las leyes conyugales;
mujer que corriendo sola
del mundo los huracanes,
limpio guardó su decoro,
sin temor de que, cobardes
ó resentidos, con torpes
murmuraciones le manchen.
Este es el fruto primero
que nos dan esos Roldanes
del siglo actual; la deshonra
de una infeliz, que no sabe
ó no alcanza á poner coto
á escándalo semejante.

*(Se dirige al fondo, abre la ventana, y se vé el
jardin alumbrado por la luna.)*

HORAC. ¡Amor y honor! ¡Padre mio!...
¡Qué hacer en tan duro trance?

RIALTO. *(Aparte.)*
¡Me insultó! Ya que no ella,
Horacio el insulto pague.

OCTAV. *(Junto á la ventana, mirando al jardin.)*
¡Qué noche! ¡Qué luz tan pura!

DUQUE. ¡Qué hace usted, Condesa, ahí?

OCTAV. Recuerdo otra noche así
junto al Rhin!

DUQUE. Se me figura
que esa memoria...

OCTAV. ¡Ay de mí!
¡Infausta noche fué aquella
en que intenté dolorida
saber, entre otras perdida,
cuál era la blanca estrella
del porvenir de mi vida.
Como esta de hoy, alumbraba

la luna el campo sombrío
que márgen al Rhin prestaba,
y sus rayos reflejaba
el turbio cristal del río.

¡Magnífica soledad!

Todo era en el Rhin profundo
silencio; su majestad
crecía en la oscuridad
del sueño en que estaba el mundo!

Junto á mí, memoria santa
y pura, mas que el armiño,

(*Mirada dolorosa á Monte-Jurra; este impa-*
sible.)

guardado por mi cariño,
movía la incierta planta
risueño y alegre un niño.

DUQUE. No mas, Octavia; esa historia
da cierta melancolia...

OCTAV. ¿Qué quiere usted? ¡Moriría
primero que á mi memoria
robársela un solo día!

Junto á mí, del cielo prenda,
y como suya muy santa,
amor sin arco y sin venda,
un niño en mi propia senda
movía la incierta planta;
cuando de pronto salieron
dos hombres de entre unas rocas
cercanas al Rhin; me vieron,
y envuelto el semblante en tocas
oscuras, me arremetieron.

El uno de ellos luchó
conmigo, y me hirió en los brazos;
pero al cabo me dejó:

á el otro no le importó
hacerme el alma pedazos;
y lobo mas carnícero
que el lobo acosando impío
en su redil al cordero,
bandido y no caballero,
se echó sobre el ángel mio.

No sé lo que allí... Cegaron
mis ojos; en tierra dí

con mi cuerpo, y no los ví
cuando al fin se le llevaron,
porque el sentido perdí.
De mi desmayo al volver,
creí que un sueño traidor...
abrí los ojos por ver...
¡Sola estaba y sin tener
á quien contar mi dolor!
¡Sola! y de sombras cercada,
porque la luna indignada
se escondió de crimen tanto;
no quiso ver asombrada
los raudales de mi llanto:
mas recobrando mi aliento,
grité con ardiente brio...
solo respondió á mi acento,
perdido en el vago viento,
con sus murmullos al río!
(*Dirigiéndose al Duque.*)
Ya he dado á la historia fin.

DUQUE. Traslado á quien corresponde.
(*Monte-Jurra impassible; dirige sus miradas á Dudley y al de Rialto, y encuentra en ellos la impassibilidad de Monte-Jurra.*)

OCTAV. ¿Que dice usted, señor Conde?
¡Aquí, como allá en el Rhin,
ninguno á mi voz responde!

DUDLEY. (*Viendo su reloj y levantándose. Monte-Jurra sigue su ejemplo.*)
Las doce.

OCTAV. El sueño reclama
que todos...

DUQUE. (*A Horacio en voz baja.*)
Ya es hora.

HORAC. Cierto.

MONTE. (*En voz baja y estrechándole la mano.*)
¡Valor, valor!

HORAC. (*En voz baja á Monte-Jurra.*)
El inflama

el corazón con su llama.

DUQUE. (*Aparte.*)
O perniquebrado ó muerto.

OCTAV. (*A Horacio.*)

- HORAC. ¿Todavía en el ojal?
 (Besando la mano de Octavia.)
 Me gustan mucho las flores.
 *(Dudley sin hablar palabra se adelanta y le be-
 sa también lo mano.)*
- OCTAV. ¡Calla!!
- DUDLEY. A todos por igual.
 *(Todos le besan la mano, menos Monte-Jurra
 que vuelve á ocupar su asiento.)*
- OCTAV. Besamanos general...
 hasta mañana, señores.

ESCENA VI.

OCTAVIA.—MONTE-JURRA.

- OCTAV. Las doce, Conde.
- MONTE. ¿Qué importa?
- OCTAV. ¿Cómo qué importa? Ya es tarde.
- MONTE. No es tarde.
- OCTAV. Costumbre es mia
 á estas horas retirarme ;
 pero si usted tiene empeño,
 señor Conde , en que la cambie ,
 soy yo muy condescendiente
 y haré lo que usted me mande.
- MONTE. Octavia, duras han sido
 sobre los duelos tus frases,
 y temo que el de Rialto...
- OCTAV. ¿Qué teme usted? ¿Qué me mate?
 No creo que es el leon
 tan fiero.
- MONTE. *(Levantándose.)*
 En su pecho late
 un corazon resentido ;
 es proverbial su corage
 y temo yo, no que en tí,
 sino que en otro se sacie
 su vengativo rencor.

OCTAV. Si al cabo es fuerza que pague
un inocente la culpa
que yo cometí...

MONTE. ¡Quién sabe!

OCTAV. (*Con ironía.*)
¡Quién sabe! Una prueba mas
de que hay Providencia, y grande,
y caritativa, y justa...

MONTE. ¡Octavia, silencio y guárdate
de provocar la justicia
del cielo con semejantes
palabras!

OCTAV. No tengo otras
que mas á mi objeto cuadren.
Y si no... Dígame usted.
¿De qué me sirvió el lenguaje
de la fé en la historia aquella
del niño y su pobre madre?
Si mudos del Rhin me oyeron
los campos y las ciudades,
¿por ventura estas paredes
han respondido á mis ayes?
¿Calla usted? Es lo mejor.
(*Haciendo señal de que se retire.*)
Señor Conde...

MONTE. No te causes,
no quiero safir de aquí...

OCTAV. ¿Por qué razon?

MONTE. Es muy grave.

OCTAV. ¡Horacio no es traidor
y en tan desigual combate
debe morir, te lo juro,
si Dios no está de su parte!
Sentiré su muerte; es jóven
de distinguidos modales,
de claro ingenio, de estudios,
de un gran porvenir... le aplaude
toda España y yo... le quiero...
le quiero mucho, sin darme
la razon de este cariño
tan puro... ¡maldito lance!
Pero no... de aquí á mañana
se habrán firmado las paces.

MONTE. Si no le mata esta noche
el de Rialto...

OCTAV. ¿Matarle?
¿A Horacio? De noche... ¿Aquí
en mi casa? Eso no es dable...
¿Que locura! ¿Y si el destino?...
¿Su muerte!... Sí... sí... mas vale
que Horacio muera...

MONTE. Señora.
¿Usted no me ha dicho antes?...

OCTAV. Le quiero y por eso mismo...
muriendo se libra y sale
de este presidio del mundo.
Que muera... Mas adelante
tropezará con ingratos...
La envidia torpe y cobarde
le calumniará cien veces....
será con el tiempo padre,
y acaso entonces encuentre
ó una mujer que le engañe,
ó un bandido que entre sombras
á su hijo le arrebate.
¿Que muera!... A Dios se lo pido.

MONTE. Te ruego, Octavia, que calles
y no la paciencia apures
de Dios con delirios tales.
¿Sabes tú quién es Horacio?
¿Sabes tú quién es su madre,
quien le engendró, ni por qué
tengo afán de que se salve?
¿Ay, Octavia! Si mis labios
la verdad te revelasen,
ya pedirias á Dios,
de rodillas, por ese ángel
de paz que impaciente aguardas...

OCTAV. ¿Qué, qué has dicho? Ni un instante...
yo quiero saber...
(*Entra Julia precipitadamente.*)

ESCENA V.

OCTAVIA.—MONTE-JURRA.—JULIA.

- JULIA. Octavia...
tu sola puedes... no tardes.
¡Rialto, Horacio... los cinco!...
no lejos de aquí... en el parque...
¡Se van á batir!... Tus mismas
pistolas... si al fin se baten,
¡ay de Horacio!
- OCTAV. Hábleme usted,
señor Conde, sin ambages.
No sé porque se atropella
mi corazón y mi sangre
se agolpa á mi frente... Conde.
(*Con voz de trueno.*)
Conde, el nombre de su madre.
- MONTE. En este momento, nunca :
no quiero que te desgarran
el corazón mis palabras.
- OCTAV. ¡Dios te perdone ese arranque
de piedad ! No te maldigo ;
¡ te desprecio miserable !
¡ Ya sé quién es ; me lo dice
el alma que se me sale
(*Llorando.*)
por los ojos !...
- MONTE. Yo he podido
evitar este desastre,
y no he querido... su honor,
su porvenir... de su clase
el claro nombre... Los hombres
tienen deberes sociales
que cumplir.
- OCTAV. ¡Y esos deberes
son de importancia tan grande,
que es preciso colocar,
como ofrenda, en sus altares,

todo el cariño que encierran
las entrañas maternas?

MONTE. Las pruebas ya en su poder
de mi inocencia... mas tarde
su voz arrancar debia
mi triunfo á los tribunales...

OCTAV. *(Mirándole con desprecio.)*
Si le impulsó tu egoismo
yo haré que mi amor le ampare.
*(Octavia se dirige precipitadamente á la puerta
del foro: la sigue Julia: suenan dos pistoletazos.-
Octavia se detiene, retrocede espantada.)*

JULIA. ¡Jesus, mil veces!

MONTE. ¡Dios mio!

OCTAV. *(Sonrisa y tono sarcástico.)*
¡Su justicia! ¡En todas partes
lo mismo! ¡La Providencia!
(Con exaltacion.)

Señor Conde, su cadáver
es mio: ningun derecho
existe sobre él á nadie.

Cuidado con que despues
atropellen mis umbrales
bandidos que me le roben.

MONTE. Manantial inagotable
de Dios la clemencia es!

OCTAV. *(Sangrienta ironía.)*
Ya lo sé; en mis mocedades
creí lo que me enseñaron:
Dios en premiar se complace
á la virtud... es verdad!
Es verdad! Duda no cabe.
De niña tomé un esposo
y en vez de esposa, fui mártir;
tuve un hijo, la virtud
fué mi guia; ni aun el aire
manchó de la sociedad
mis costumbres seculares,
y al cabo quien me engañó
al hijo logró robarme.
La tierra crucé en su busca,
crucé en su busca los mares
y le halló al fin... La clemencia

(*Con sarcasmo.*)
de Dios es inagotable:
le perdí niño y con vida...
y hombre le encuentro y cadáver...
No falta mas, para colmo
de esa clemencia tan grande,
que no me dejen llorar
sobre sus restos mortales,
ni abrir una tumba en donde
con él se albergue su madre.

ESCENA VI.

OCTAVIA.—MONTE-JURRA.—JULIA.—LORD DUDLEY, *que entra muy grave, se sienta junto al velador, se desabrocha el frac y saca su cartera.*

DUDLEY. ¡Ha muerto! ¡Infeliz!

OCTAV. (*Apoyándose en Julia.*)

No puedo
tenerme en pié... ni llorar...
¡Muerto!... ¿Quién?

MONTE.

De preguntar
á lord Dudley tengo miedo.
Lord Dudley ¿cuál de los dos?
(*Aparecen Horacio, el Duque y Pantoja. Al ruido que hacen al entrar vuelve la cabeza Monte-Jurra.*)

ESCENA ULTIMA.

OCTAVIA.—JULIA.—MONTE-JURRA.—EL DUQUE.—LORD DUDLEY.—PANTOJA.—HORACIO.

MONTE. ¡Ah!

OCTAV. ¡Quién!

HORAC. (*En voz muy baja á Monte-Jurra.*)

¡Mi querido padre!

- MONTE. (*Sin poderse contener: con esplosion.*)
Primero á ella... ¡Es tu madre!
- OCTAV. ¡Ah!
(*Dando un grito: vuelve la cabeza y se arroja en los brazos de su hijo.*)
- OCTAV. ¡Hijo mio! }
HORAC. ¡Madre mia! }
- OCTAV. (*Como la actriz lo comprenda; ó en un arrebatado de entusiasmo, ó arrodillándose y con fervor religioso.*)
- ¡Creo en Dios!
- DUDLEY. (*Rompe el acta del desafio.*)
Mil esterlinas de herencia...
¡Pobre hombre! ¡Y me entretenia á veces su compañía!
Lo siento. ¡La Providencia!
- OCTAV. (*Con orgullo al Duque y á Pantoja.*)
¡Que otra ventura se iguala?
Este es mi hijo...
- DUDLEY. (*Levantándose.*)
- ¡Qué dijo?
- OCTAV. (*A Dudley.*)
Este es mi hijo, mi hijo...
- DUDLEY. Pues no ha escapado de mala.
- DUQUE. (*Con presuncion.*)
Milord... son lauces del mundo...
¡Si me llego á amostazar!...
(*Lord Dudley le mira con gravedad, y se marcha al lado opuesto.*)
- DUDLEY. (*A Horacio.*)
No vuelva usted á buscar al Duque para segundo.
- OCTAV. ¿Por qué lloras, Julia? di...
- DUQUE. ¡Qué deliciosa inclusera!
- OCTAV. ¡Señor Duque!...
- HORAC. Ayer lo era...
hoy es mi mujer.
- DUDLEY. ¡Asi me gusta! ¡Vale un millon este muchacho! ¡Pardiez! Diputado de Jerez y á mas de la oposicion.
- OCTAV. ¡Desde hoy mi esposo á mi lado!

DUQUE. ¿No se duerme?

DUDLEY. Caballero,
lo primero, es lo primero.

(Tira de la campanilla; aparece Ambrosio.)

Ambrosio... pronto y cuidado...

(Hablándole al oído.)

MONTE. *(En voz muy baja á Dudley.)*

¿Y el cadáver?

DUDLEY. Punto en boca:

¿su heredero no soy yo?

Pues entonces... se acabó.

Yo sé lo que hacer me toca.

Todo el mundo á descansar...

que yo esta noche me obligo...

sino como un buen amigo,

como quien soy, á velar.

(Entra Ambrosio, y le da un vaso y un frasco de Jerez.)

Bravo, Ambrosio, sus colores

brillan mas de cada vez...

(Dando vueltas á la botella.)

¡Qué higiénico es el Jerez!

Hasta mañana, señores.

(Se pone su sombrero, se echa su gaban al hombro y se va. Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

EN UN ACTO:

El sol de la libertad, loa.
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Corte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El rey por fuerza
Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregril.
El chal verde.
Como usted quiera.
Un año en quince minutos.
Un cabello!
El don del cielo.
La esperanza de la Patria, loa

Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los treses el tío?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitán.
Por un loro!
Simon Ferranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Fio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente:
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.

No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡ Un ente singular!
Juan el Perdíó.
De casta le viene al galgo
¡ No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡ Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turrón de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS A TODA ORQUESTA.

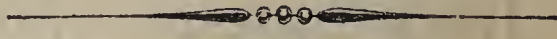
El tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El duende.
El duende, segunda parte.
Las señas del archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de D. Blas.

Salvador y Salvadora.
¡ Diez mil duros!!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Lorenzo.
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agna.
La venganza de Alifnoso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del canal.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo AVECILLA.
Legislacion militar de España, por D. Pablo AVECILLA.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
Curso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo GONZALEZ HUEBRA.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.



Albacete.	D. Nicolás Herrero y Pedron.	Málaga	D. Francisco de Moya.
Alcalá.	Benigno García Anchuelo.	Manila.	Ramon Somoza.
Alcoy.	José Martí y Roig.	Manresa.	Manuel Sala.
Algeciras.	Clemente Arias.	Maananares.	Dimas Lopez.
Alicante.	Pedro Ibarra.	Mataró.	José Abadal.
Almagro.	Antonio Vicente Perez.	Medina Sidon.	Francisco Ruiz Benitez.
Almeria.	Mariano Alvarez.	Mérida.	Manuel de Bartolomé Diez.
Andujar.	Domingo Caracuel.	Mondoñedo.	Francisco Delgado.
Antequera.	Joaquin Maria Casaus.	Murcia	José Galan.
Aranda.	Manuel Martin Fontenebro.	Orense.	José Ramon Perez.
Aranjuez.	Gabriel Sainz.	Oviedo.	Bernardo Longoria.
Arévalo.	José Espinosa.	Palencia.	Gerónimo Camazon.
Avila.	Vicente Santiago Rico.	Palma.	Pedro José García.
Avilés.	Ignacio Garcia.	Pamplona.	Ignacio Garcia.
Badajoz.	Sra. Vinda de Carrillo.	Paris.	Lassaley Melan.
Baena.	Francisco Fernandez.	Plasencia.	Isidro Pis.
Baeza.	Francisco de P. Torrente.	Pontevedra.	Juan Vereá y Varela.
Barbastro.	Mariano Ferraz.	Priego.	Gerónimo Caracuel.
Barcelona.	Juan Oliveres.	P. Sta. María.	José Valderrama.
Idem.	José Piferrer y Depaus.	Requena.	Antolin Penen.
Baza.	Joaquin Calderon.	Reus.	Juan Bautista Vidal.
Bejar.	Vicente Alvarez.	Rioseco.	Marcelino Tradanos.
Berja.	N. Lis del Moral.	Rivadeo.	Francisco F. de Torres.
Bilbao.	Nicolas Delmas.	Ronda.	Rafael Gutierrez.
Borja.	Manuel Marco Cadena.	Rota.	Pedro Gomez de la Torre.
Burgos.	Timoteo Arnaiz.	Salamanca.	Rafael Hueb a.
Cabra.	Manuel Rendon.	S. Fernando.	José Tellez de Meneses.
Cáceres.	José Valiente.	San Lucar.	José Maria del Villar.
Cádiz.	Severiano Moraleda.	Sta. Cruz Tf.	Pedro M. Ramirez.
Calatayud.	Bernardino Azpeitia.	S. Sebastian.	Sres. Domereq y Sobrino.
Carrion.	Luis Agudo Luis.	Santander.	José Aguirre.
Cartagena.	Vicente Benedicto.	Santiago.	Sres. Sanchez y Rua.
Cervera.	Joaquin Gasset.	Segovia.	Engenio Alejandro.
Chiclana.	Manuel Alvarez Sibello.	Sevilla.	Cárlas Santigosa.
Ciudad-Real.	Antonio Mexía.	Idem.	Juan Antonio Fé.
Córdoba.	Joaquin Manté.	Soria.	Francisco Perez Rioja.
Coruña.	José Lago.	Talavera.	Angel Sanchez de Castro.
Cuenca.	Pedro Mariana.	Tarragona.	José Pujol.
Écija.	Ciriaco Jimenez.	Ternel.	Vicente Castillo.
Figueras.	Jaime Bosch.	Toledo.	José Hernandez.
Gerona.	Francisco Borja.	Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor.
Gijon.	Vicente de Escurdia.	Tortosa.	Crecencio Ferreres.
Granada.	José Maria Zamora.	T. de Cuba.	Meliton Franc. deRevenga.
Guadalajara.	Fernán Sanchez.	Tuy.	Francisco Martinez Gonzalez.
Habana.	Charlain y Hernandez.	Valencia.	Francisco Mateu y Garin.
Haro.	Pascual de Quintana.	Idem.	Francisco de P. Navarro.
Huelva.	José V. Osorno é hijo.	Valladolid.	José M. Lezcano y Roldan.
Huesca.	Bartolomé Martinez.	Valls.	Cayetano Badía.
Igualada.	Joaquin Jover y Serra.	Velez Málaga	Antonio Maria Cebrian.
Jaen.	José Sagrista.	Vich.	Ramon Tolosa.
J. la Frontra.	José Bueno.	Vigo.	José Maria Chao.
Leon.	Manuel Gonzalez Redondo.	Vill. y Geltrú	José Pers y Ricard.
Lérida.	Manuel de Zara y Suarez.	Vitoria.	Bernardino Robles.
Llerena.	Bernardino Guerrero.	Ubeda.	Francisco de P. Torrente.
Lisboa.	Silva Junior.	Utrera.	Juan de Alba.
Loja.	Juan Cano.	Zafra.	Juan de Dios Hurtado.
Lorca.	Francisco Delgado.	Zamora.	Manuel Conde.
Lugo.	Manuel Pujol y Masia.	Zaragoza.	Pascual Polo.
Lucena.	Juan Bautista Cadena.		

El CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL se halla establecido en la calle de Fuencarral, casa Astrarena.